¡Oh! y ¡qué palabras de fuego tenía la santa Madre para sus hijas! Les decía: «¿Qué es lo que necesita una Reparatriz? Necesita un corazón en que nuestro Señor tenga el primer lugar y que sea todo para Él; un amor sumamente generoso que no rehuse ni padecimientos ni sacrificio; una profunda humildad de corazón delante de Dios y de aquellos que le representan; una entrega de toda sí misma al beneplácito de Dios y una continua renuncia de todas las inclinaciones de la naturaleza; una obediencia, en fin, hasta la muerto del propio *yo*, muerte que dará al alma la libertad del vivir. Que todas sepan que la Reparatriz es una víctima, y que una víctima no se cuida nunca...» Y añadía: «Tengo necesidad de víctimas al servicio de nuestro Señor, pero las quiero voluntarias, alegres y contentas; las que se lamentan y gimen no son dignas de este honor».

XIII. La Madre Deluil-Martiny, el 8 de diciembre de 1872, obtuvo del Arzobispo de Malinas, donde su Instituto se fundó, la aprobación de las Reglas, antes que de hecho existiesen todavía las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús; acontecimiento único en la historia de las fundaciones monásticas.

Ninguna alma, según yo creo, ha comprendido tan profundamente el oficio sacerdotal-místico de María Dolorosa al pie de la Cruz y entre los fieles que asisten a la santa Misa, como la Madre Deluil-Martiny. Sobre esto tiene pensamientos en extremo sublimes y delicados, que son verdaderas revelaciones. Todo el deseo de su corazón era *ofrecerse* en el divino Sacrificio de la Misa, *ofrecerse y ser ofrecida* por el sacerdote, juntamente con la augusta Víctima. Decía: «Mi corazón está completamente lleno de estas tres grandes cosas, que son: la *oblación*, la *inmolación* y la *comunión*. Yo no tengo mérito alguno; más mi alma rebosa de él, y ardiente es la sed que tiene de derramarlo en el mundo de las almas. Oh Dios, continuaba diciendo, si el sacrificio de mi vida tan miserable puede servir para propagar este secreto de amor, tomadla, pues, y suscitad almas que puedan comprenderlo y alimentarse de él».

Y en verdad, murió como víctima y como mártir, apuñalada por un furibundo anarquista, sólo porque era religiosa, porque era un ideal santo.

También su hermana Amelia, flor purísima arrebatada pronto de la tierra por el Amor, participaba de los mismos sentimientos, y decía: «Mi alma está poseída del pensamiento de ser víctima continuamente ofrecida sobre el altar y de confundirse con la sangre de Jesús en el cáliz del sacerdote. Cuando hayamos dado así la última gota de la sangre de nuestros corazones, entonces solamente podremos irnos al cielo a ofrecer en la gloria el cáliz de la sangre de Jesús». Y en la hora de la muerte la angelical jovencita decía a su director espiritual: «Padre, el padecer pasa, pero el haber padecido no pasa ya. Usted ofrece todos los días sobre el altar a Jesús inmolado; no deje nunca de ofrecerme como pequeña víctima unida a Él e inmolada con Él. Aun después que haya muerto, continúe ofreciéndome. ¡Padre, no lo olvide!» Verdaderamente que es éste un lenguaje de serafín.

XIV. Pero me parece que dejaría sin coronamiento este capítulo, si no lo cerrase con las hermosas palabras con que San Francisco de Sales concluye el libro duodécimo y todo su *Tratado del amor de Dios,* capítulo XIII: «El monte Calvario es, pues, oh Teótimo, el monte de los amantes. Todo amor que no trae su origen de la Pasión del Salvador, es un amor vano y peligroso. Desdichada es la muerte sin el amor del Salvador; desdichado es el amor sin la muerte del Salvador. El amor y la muerte están de tal modo mezclados y unidos en la Pasión de Cristo, que no pueden vivir en el corazón el uno sin el otro. En el Calvario no se puede tener la vida sin el amor, ni el amor sin la muerte del Redentor; más, fuera de allí todo es, o muerte eterna, o amor eterno, y toda la sabiduría cristiana consiste en elegir bien; y para ayudarte a esto, oh Teótimo, he formado este pensamiento: *Es necesario, oh mortal, elegir en esta vida perecedera el amor eterno o la muerte eterna; el mandamiento de Dios no nos deja ningún camino medio que elegir*».

«¡Oh, amor eterno!, ¡mi alma te busca y anhela, y te

escoge eternamente! ¡Oh!, *ven, Santo Espíritu, y enciende nuestros corazones en tu amor.* ¡O amar, o morir! ¡Morir y amar! Morir a todo otro amor, para vivir al de Jesús a fin de que no muramos eternamente; sino, viviendo en nuestro amor eterno, oh Salvador de nuestras almas, cantemos eternamente: ¡VIVA JESUS! ¡Yo amo a Jesús! ¡Viva Jesús, a quien amo! Yo amo a Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

Luego que en la Magdalena se cumplieron los misterios del amor y del dolor, desaparece del consorcio de los hombres, y ya nada nos dicen de ella los Libros Santos. Ahora bien, así como la Magdalena, especialmente después de la ascensión de Jesús, desaparece a los ojos de los hombres, y no vive más que para el cielo, sólo para el cielo; de la misma manera el alma eucarística, madurada y perfeccionada por el amor y el dolor, al cielo tiene vueltos sus pensamientos y sus aspiraciones. Vive en la tierra, pero suspirando por el último día, la última meta: ¡el cielo!

## CAPÍTULO XVIII

## LA NOSTALGIA DEL CIELO

I. La nostalgia del cielo es nostalgia de Dios; porque Dios, que es sumo Bien en sí mismo, quiere ser también sumo Bien para nosotros, es decír, nuestra eterna felicidad. Ahora bien; queriéndose dar a nosotros sin velos en el cielo, no puede menos de querer que ya aquí, en la tierra, lo deseásemos y suspirásemos. «Hijo, dice la *Imitación,* cuando sientes en ti un deseo vivo de la eterna beatitud y deseas salir de la cárcel del cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, ensancha tu corazón y recibe con todo amor esta santa inspiración» (1). En este sentido, el cielo es el ardiente suspiro de las almas enamoradas de Dios.

(1) Lib. III, c. 54.

II. ¡El cielo!... he ahí el venturoso término de la mortal peregrinación, la última meta, la inmarcesible corona. «No somos eternos aquí abajo»: este pensamiento ha sostenido a los mártires, ha confortado a los penitentes y ha formado los santos. Como los Apóstoles sobre el monte de los olivos, en la ascensión del divino Maestro, permanecieron *aspicientes in coelum*, con los ojos y con los corazones vueltos hacia el cielo, en donde se había ocultado su Tesoro; así también sucede a todas las almas enamoradas de Jesús. Viven en la tierra, pero ¿cómo? *Aspicientes in coelum;* con los ojos y con el corazón fijos en el cielo, hacia el cual tienden y por el cual, gimiendo y llorando, suspiran.

La nostalgia del cielo es verdadero perfume de Eucaristía, siendo como es la nota más patética y profunda de la última Cena y el aroma suave del mismo Santísimo Sacramento del altar. No se descubre a primera vista, pero así es. Si Jesús hubiera instituido la obra maestra de su amor en Belén, en Nazaret, o en otro lugar, y especialmente en otra época de su vida, en este caso el lenguaje de la Eucaristía no sería tan dulce y persuasivo a nuestro corazón, como lo es de hecho. Pero no; es en el ocaso de su vida, en la última tarde, en la postrera noche, cuando nos da el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre; después del cual, al Nazareno no le quedan sino pocas horas de vida. Y es en el cenáculo donde lo instituye; en el cenáculo, del cual se pasa tan fácilmente al huerto de los olivos, y del huerto de los olivos al Calvario.

La Eucaristía, pues, no es una simple donación, sino *un testamento;* no un simple regalo; sino una herencia que nos deja: la herencia de su Cuerpo y de su Sangre. La Iglesia es la heredera universal; nosotros somos los legatarios designados en su testamento, el cual Él completa en la última cena, pero que no lo cierra ni sella. Lo cerrará más tarde, cuando le añadirá el codicilo, esto es, cuando deje a María Santísima por Madre a Juan; lo firmará después con su muerte, y lo sellará con las últimas gotas de sangre que brotarán de su costado abierto por

la lanza. Y entonces *consumatum est!*, todo estará cumplido.

No obstante, este *consumatum est* es una sanción solemne que Él profiere con la boca, expirando en la cruz; pero que ya, en la última cena, había proferido con el corazón. Instituye primero el Sacramento, y después lo sanciona cuando, con el *consumatum est*, declara solemnemente terminada su divina misión. La Eucaristía, por tanto, es el testamento de Jesús, nuestro adorable Salvador; así lo creen y este nombre le dan todos los Padres de la Iglesia.

III. A las almas enamoradas de Jesús, bastaría este solo pensamiento para sentir en la santa Eucaristía la nostalgia del cielo, como parece la sintió el discípulo amado cuando, muchos años después, describía en su Evangelio la institución. Más aún, como evidentemente la sintió y manifestó el mismo Corazón dulcísimo de Jesús en aquella tarde memorable, que fue la última de su vida.

Como gotas de miel, o como flores celestiales, recogeré aquí los sentimientos delicados del Corazón de Jesús, expresados en la última cena, y los ofreceré a las almas para que los consideren atentamente.

Ya el Evangelista comienza la narración eucarística con estas palabras verdaderamente admirables: «La víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, que vivían en este mundo, los amó hasta el fin» (1). La impresión que experimentamos cuando el telón se levanta sobre el escenario, o cuando alza la batuta el maestro, y comienza la sinfonía, esa misma se experimenta al leer esta introducción de San Juan, que es preludio y exordio del poema eucarístico.

«Sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre...» Oh almas eucarísticas, ¿no sentís que la obra que está para ejecutar Jesús, en un sacramento de adiós y de recuerdo? No nos dejará huérfanos, pero nos deja; y no sufriendo su Corazón dejarnos

(1) Jo. XIII, 1.

solos, instituye el Sacramento de su Cuepro y de su Sangre para quedar con nosotros, bajo la forma eucarística, hasta la consumación de los siglos.

IV. Hermosas y conmovedoras son las últimas bendiciones que da a sus hijos el patriarca Jacob moribundo: «Reuníos y oíd, hijos de Jacob, escuchad a Israel vuestro padre: Bien véis que me voy a morir: Dios estará con vosotros y os restituirá a la tierra de vuestros padres» (1).

Pero, ¡oh divino Hijo de Jacob, cuánto más hermosas y conmovedoras son tus postreras palabras de despedida, tus últimos recuerdos! He aquí que Él habla: *Filioli, adhuc modicum vobiscum sum;* «hijitos míos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros» (2). El Evangelista no lo dice, mas yo creo que los ojos del Maestro, aquellos ojos que lloraron delante de la tumba del amigo Lázaro, debían estar bañados de lágrimas cuando anunciaba a los Apóstoles esta triste nueva; pero en aquel momento no son ya apóstoles, son *hijitos suyos.* ¡Qué dulce es este *Filioli* en ocasión y momento tan solemnes! Y prosigue: «Vosotros me buscaréis; y así como dije a los judíos: adonde yo voy, no podéis venir vosotros: eso mismo digo a vosotros ahora» (3).

Entre los hijitos que escuchan, hay uno, el cual, aunque demasiado atrevido y por lo mismo bastante débil, sin embargo, es muy amante de su Maestro. Aquel anuncio de próxima partida le hiera y conmueve; y si bien los otros callan, y calla el mismo San Juan, contento sólo de reposar sobre el pecho de Jesús, él, no obstante, súbitamente exclama: *Domine, quo vadis?* «Señor, ¿adónde te vas?» «Adonde yo voy, respondió Jesús, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás después». Y Pedro añadió: «¿Por qué no puedo seguirte al presente?, yo daré por ti mi vida» (1).

V. San Pedro, pues, ha recibido una herida en el corazón al serle anunciada la partida de Jesús. Jesús que

(1) Gen. XLVIII, 21.
(2) Jo. XIII, 33.
(3) Ib. 1 c.
(1) Jo. XIII, 36-37.

parte, que le deja... oh, ¡qué golpe para el corazón del Apóstol! Y en seguida quiere saber adónde va; y fervorosamente protesta que quiere seguirle a toda costa, y ofrece generosamente su vida antes que separarse de Jesús. La noticia de la partida de Jesús trae consigo la nostalgia de la separación de Jesús; y la nostalgia de la separación trae el deseo de seguirle, de no perderle y de estarle eternamente unidos. San Pedro ha adivinado el deseo de todas las almas enamoradas, como él, de Jesús; y aun me parece que haya hablado anticipadamente en nombre de todas, pues, todas, recordando el paraíso, repiten frecuente y ardientemente las palabras de Pedro: «¿Adónde te vas, Señor? ¿por qué no puedo yo seguirte? yo daré por ti mi vida».

En tanto, el Corazón amoroso del Nazareno advierte que la tristeza ha entrado en el corazón de sus hijitos; ve que la melancolía se manifiesta en sus rostros, y que sus cabezas se han inclinado dulcemente sobre el pecho. Sufre con esto su Corazón amantísimo, y comenzando pronto a reanimarlos, levanta el tono de la voz, y les dice: «No se turbe vuestro corazón... Yo voy a preparar lugar para vosotros... Y cuanto pidiereis al Padre en mi nombre; yo lo haré; a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo... Y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros eternamente... No os dejaré huérfanos; yo volveré a vosotros... La paz os dejo, la paz mía os doy; no os la doy, como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde... Estas cosas os he dicho, a fin de que os gocéis con el gozo mío, y vuestro gozo sea completo... Pero vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si yo no me voy, el consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré... Vosotros al presente a la verdad padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo... Salí del Padre, y vine al mundo: ahora dejo el mundo, y otra vez voy al Padre...» (1).

(1) Jo., caps. XIV, XV y XVI.

VI. Pero la hora de la redención ha llegado; el huerto de los olivos le aguarda, el Calvario le espera, los acontecimientos fuera del cenáculo se precipitan; el tiempo apremia, la partida llega. El Corazón de Jesús se detiene un momento; su boca enmudece; síguese una pausa divina, un silencio solemne. De pronto un nuevo rayo de luz brilla sobre su rostro; sus ojos ardientes no miran ya a la tierra, ni se vuelven a los Apóstoles... se elevan al cielo... ¡Ea!, cítaras de los Angeles, callad; callad, oh arpas de los Serafines; escuchad la plegaria final de Cristo, que es lira y salterio de Dios. Desde que el mundo es mundo, jamás se ha elevado de la tierra, ni los cielos han escuchado un cántico semejante a la última plegaria con que Cristo pone fin a la cena del amor. No habla más a los Apóstoles; Él habla a su Padre, y el Padre le escucha.

«Padre mío, dice, la hora es llegada; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti... Yo por mí te he glorificado en la tierra: tengo acabada la obra, cuya ejecución me encomendaste... ¡Oh Padre santo! guarda en tu nombre a éstos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos... Santifícalos en la verdad. Y yo por amor de ellos me santifico a mí mismo... que todos sean una misma cosa: y que como tú, ¡oh Padre! estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros... Yo estoy en ellos, y tú estás en mí; a fin de que sean consumados en la unidad... ¡Oh Padre!, yo deseo que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy; para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado... ¡Oh Padre justo!... que el amor con que me amaste, en ellos esté, y yo en ellos» (1).

En este momento, el telón del drama eucarístico cae de improviso; el adorado Maestro se despierta de la embriaguez de su amor, y se encamina a la muerte.

VII. Entre las hermosas verdades que canta la Iglesia en el *Pangue lingua,* canta también esta: *Sui moras incolatus, miro clausit ordine;* con orden admirable termina su mortal peregrinación. Y ¿qué otro fin más admira-

(1) Jo. XVII, 1-26.

ble podía poner a su vida, que la institución de la divina Eucaristía? E instituyéndola, ¿podía escoger circunstancias más propicias que aquellas encerradas *in supremae nocte coenae*, en la noche misteriosa de la última cena? Y ¿qué otro remate más glorioso y más digno que aquella oración al Padre, a quien todo lo ordena, a quien a todos encomienda, y en quien a todos abraza y estrecha en su corazón? «¡Oh Padre!, yo deseo que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy; para que contemplen mi gloria...» Así pues, *sui moras incolatus, miro clausit ordine:* termina su vida con la institución del Santísimo Sacramento; sí, todo lo corona y sella con la institución del Santísimo Sacramento, quedando Él y haciendo quedar a sus hijitos con la mente, el corazón y los ojos vueltos hacia el cielo: «estén ellos conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria...»

No me he equivocado, pues, oh almas eucarísticas, al deciros que el deseo y la nostalgia del cielo son perfume de Eucaristía y las notas más suaves y patéticas de la última Cena.

VIII. Y ¿cómo podría ser de otra manera, cuando la Iglesia misma llama a la Eucaristía: *Futurae gloriae pignus*, prenda y señal de la gloria futura? Cuando mayor es la prenda y señal que se tiene, tanto más se desea y se tiene derecho a que todo el precio sea pronto desembolsado y se obtenga luego toda la recompensa. Las almas eucarísticas en la comunión diaria reciben una señal y prenda de paraíso; y por tanto, todos los días reciben en la Comunión una esperanza, promesa e invitación para el cielo.

El viático es el preludio del cielo; ahora bien, rigurosamente hablando, la Eucaristía no es viático sólo en el artículo de la muerte, sino que es viático en todos los días de la vida. En efecto, es cierto que el milagro de la multiplicación de los panes, obrado por Jesús en el desierto, fue una figura y como una anticipación del milagro eucarístico; y los Padres de la Iglesia, en las razones que movieron el corazón del Nazareno a obrar aquél, han

visto exactamente las mismas que le indujeron a instituir el Sacramento del altar. Y ¿cuáles fueron aquellas razones? Vedlas aquí: «Me da compasión esta multitud de gentes, porque hace ya tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos» (1). Luego esta fue la altísima razón de la multiplicación de los panes: *ne jejuni deficiant in via;* para que, estando en ayunas, no desfallezcan en el camino. Y esta misma es la razón divina de la Eucaristía: *ne jejuni deficiant in via;* para que sus hijitos, quedando en ayunas de su Cuerpo y de su Sangre, no desfallezcan en el camino de la vida y en el viaje hacia la eternidad.

Por tanto, la Eucaristía no es solamente sostén y viático en la muerte, sino que es sostén y viático de toda la vida; porque la vida es una preparación para la muerte, y las comuniones de la vida son una preparación para la Comunión que se hará en la hora de la muerte. Pero es cierto que quien es más robusto camina más, y quien camina más, tiene mayor deseo de llegar pronto al término de su viaje, cuyas últimas jornadas son las más largas, las últimas estaciones las más suspiradas, y las últimas horas las más angustiosas. Mas ¿quién es tan fuerte y vigoroso como un alma eucarística, es decir. como una de aquellas almas que, fortalecidas todas las mañanas con el Pan de los fuertes, no caminan, sino que verdaderamente corren y vuelan por el camino del cielo?

IX. La Iglesia canta: *O salutaris Hostia, quae coeli pandis ostium;* «Oh Hostia saludable, que abres la puerta del cielo...» Si, pues, todas las mañanas el alma eucarística como la blanca Hostia; si recibe todas las mañanas al viático de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad, ¿cómo no sentirá todas las mañanas encenderse en su corazón el deseo del cielo? ¿cómo no llorará todos los días su destierro? ¿cómo, cada día, cada hora, cada momento, no se volverán hacia el cielo sus ojos, los latidos de su corazón, sus suspiros; hacia el cielo, del cual ve, día tras día, abrirse la puerta?

(1) Mc. VIII, 2-3; Mt. XIV, 15-21.

Y no es de extrañar esto; pues, si el antiguo cordero pascual y el tabernáculo antiguo, figuras del verdadero Cordero de Dios y del Tabernáculo eucarístico, fueron para el pueblo hebreo misterios de liberación, de partida y de camino hacia la tierra prometida, ¿no expresarán los mismos misterios, y no darán la misma gracia la santa Comunión y nuestro Tabernáculo? Sí, sí, oh almas eucarísticas, también el cordero pascual de Egipto fue inmolado por la tarde; también él la primera vez fue comido de noche y en disposición de marcha. Dijo Dios: «le comeréis de esta manera: tendréis ceñidos vuestros lomos, y puesto el calzado en los pies, y un báculo en la mano, y comeréis aprisa» (1).

También el pueblo hebreo marchaba a la conquista de la tierra prometida, siguiendo el tabernáculo del Señor; y precedido del tabernáculo del Señor, llegaba también él a Jerusalén, a la gloriosa ciudad, al Templo santo de Sión.

X. ¡Qué misteriosas y llenas de elevado sentido son aquellas ordenaciones dadas por Dios! Helas aquí: «El día en que se erigió el Tabernáculo, le cubrió una nube; mas desde la noche hasta la mañana apareció sobre el pabellón como una llama de fuego. Y esto siguió siempre así. Entre día le cubría una nube, y por la noche una como llama de fuego. Y cuando se comenzaba a mover la nube que cubría el Tabernáculo, entonces los hijos de Israel se ponían en marcha, y donde paraba la nube, allí acampaban. A la orden del Señor marchaban, y a la orden del mismo plantaban el Tabernáculo. Todo el tiempo que la nube estaba parada sobre el Tabernáculo, se mantenían en el mismo sitio. Y si sucedía que se detuviese por mucho tiempo fija sobre él, los hijos de Israel estaban en centinela *esperando las órdenes del Señor;* y no se movían en todos aquellos días que posaba la nube sobre el Tabernáculo. A la orden del Señor armaban las tiendas, y a su orden las desarmaban... A la señal del Señor fijaban las tiendas, y a la señal del mismo, partían; y estaban

(1) Ex. XII, 11.

en observación, aguardando la señal del Señor, como lo tenía él mandado por medio de Moisés» (1).

Aquello que sucedía milagrosamente al pueblo hebreo, sucede invisiblemente al pueblo escogido, formado especialmente por las almas eucarísticas. Viven a la sombra del Tabernáculo; caminan con los ojos fijos en el Tabernáculo; el Tabernáulo las guía y las conduce en dirección de la tierra prometida y de la patria bienaventurada, que es la celeste Jerusalén. Se diría que la Eucaristía marca los momentos todos de su vida, y que sus corazones laten al unísono del Corazón dulcísimo de Jesús Sacramentado, siendo ese mismo Corazón el reloj divino que señala las horas de su vida y de su viaje: cuantas son las comuniones, otras tantas son sus jornadas y otras tantas sus etapas.

XI. De los dos discípulos que iban al castillo de Emaús, se lee que «mientras discurrían y conferenciaban recíprocamente, el mismo Jesús, juntándose con ellos, caminaba en su compañía» (2). Los dos discípulos y el divino Maestro son tres peregrinos que viajaban juntos y a igual paso. Pues lo mismo acontece a las almas eucarísticas: son también ellas peregrinas en la tierra, pero no están solas; todas las mañanas Jesús Sacramentado, *appropinquans illis, ambulat cum illis,* se une a ellas, camina y hace el viaje con ellas. Van siempre juntos y nunca se separan, siendo el Tabernáculo su tienda, la Comunión su viático cotidiano, la Eucaristía su vida, y la vida eucarística su marcha triunfal. Hasta que llegan al castillo de Emaús, adonde se dirigen; y allí llegan cuando el día va ya declinando y ya se hace tarde. Con qué suavidad vienen al alma estos dos sentimientos *del día que declina y de la tarde que llega...* He aquí el término de las fatigas y de las lágrimas, de los peligros y de las luchas: *Advesperascit et inclinata est dies;* «se pone el sol... asoman las estrellas... y ya es la hora en que torna

(1) Núm. IX, 15-23.
(2) Lc. XXIV, 15.

el deseo...» Y el alma eucarística la ha deseado ardientemente.

CAPÍTULO XIX

## HACIA EL OCASO... ¡EL VIATICO!

I. ¡Nada es eterno aquí abajo; aun los días más hermosos pasan y tienen su atardecer!... Por otra parte, lo que no es eterno, es una nada; he ahí por qué las almas llenas de Dios desprecian todo lo perecedero y tienen un apego grande a lo que no pasa nunca. Mas ¿qué alma está tan llena de Dios como el alma eucarística? y por tanto, ¿qué alma sabe vivir mejor que ella mirando siempre con los ojos hacia el cielo y hollando con sus pies la tierra que pisa? ¡Dichosa alma! de la vida presente, bella y placentera, deleitable y al par venenosa como el fruto de Adán, ella ha conocido a tiempo los peligros, ha temido las seducciones y ha huido del contagio. ¡Dichosa alma! en el conocimiento de sí misma ha encontrado el secreto de su salvación; en su propia debilidad ha encontrado la fuerza, y en la fuga la victoria.

Es un misterioso fenómeno el que observamos en la vida de los santos: cuanto más se santifican, más pecadores se creen; cuanto más fuertes llegan a ser, más débiles se sienten; cuanto más vencen, más temen, oran y huyen. Verdaderamente, temblar, orar y huir, es propio de los santos. ¡Oh, y qué heroica es la debilidad, qué grande la pequeñez de los santos que desconfían de sí mismos y confían sólo en el Señor!

II. Así como en la tempestad el marinero suspira por el puerto, así también lo hacen las almas eucarísticas. Son las más seguras en esta vida, y sin embargo, son precisamente ellas las que más miran la muerte, como la única que puede ponerlas a salvo de los peligros y hacerlas eternamente felices. Lleno el corazón de la nostalgia del cielo, viven para morir; están en agonía todos los días, y todos los días mueren. Querer morir y no poder morir: he ahí

el martirio de los santos, martirio íntimo, secreto, divino; morirían a cada momento, si pudieran a cada momento morir. Mas no pueden, y entonces lloran... Lloran los peligros de la vida presente, el destierro prolongado, las luchas encarnizadas y la patria celestial, que está lejos... siempre muy lejos...

Y lloran como David, ora pidiendo alas de paloma para volar y hallar reposo (1); ora gimiend,o porque son peregrinos en la tierra, y su destierro se ha prolongado largo tiempo (1). Y lloran, con el santo Tobías, la amarga oscuridad de la presente vida, diciendo a cada paso: «¿Qué alegría puedo yo tener viviendo en tinieblas y sin ver la luz del cielo?» (2). Y lloran con el gran Apóstol, repitiendo con frecuencia aquel sublime grito: *Infelix ego homo!*; «¡Infeliz de mí!, ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte?» (3). «Mi vivir es Cristo, y el morir es una ganancia mía, teniendo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo» (4).

III. Después del *Miserere*, que es el salmo del corazón contrito, ningún otro salmo es tan estimado de las almas de Dios, como el 136, que comienza: *Super flumina Babylonis*... A San Francisco de Sales, cuantas veces lo recitaba, se le llenaban los ojos de lágrimas. Es el pueblo hebreo que llora su esclavitud, hace resonar sus gemidos por las desiertas riberas, y mezcla sus silenciosas lágrimas con las silenciosas aguas de los ríos. Y llorando y pensando en Jerusalén, cantaba así: «En las márgenes de los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y nos poníamos a llorar, acordándonos de ti, oh Sión. Allí colgábamos de los sauces nuestros músicos instrumentos. Los mismos que nos habían llevado esclavos, nos pedían que les cantásemos nuestros cánticos: los que nos habían arrebatado, decían: Cantadnos algún himno de los que cantabais en Sión. ¿Cómo hemos de cantar los cánticos del Señor

(1) Ps. LIV, 7.
(1) Ps. CXIX, 5.
(2) Tob. V, 12.
(3) Rom. VII, 24.
(4) Phil. I, 21 y 23.

en tierra extraña? ¡Ah! si me olvidare yo de ti, oh Jerusalén, entregada sea al olvido mi mano diestra. Pegada quede al paladar la lengua mía, si no me acordare de ti, si no me propusiere a Jerusalén por el primer objeto de mi alegría».

¡Qué profundos son vuestros gemidos, oh almas benditas, que quisierais volar al cielo y no podéis hacerlo!... ¡Qué encendidos son vuestros deseos y qué ardientes vuestros suspiros!...

IV. Al mundo, a la tierra, al tiempo, al cuerpo, el alma eucarística hace la misma súplica que Jacob hacía a su suegro Labán, después de haberlo servido muchos años en tierra extraña: *Dimite me, ut revertar in patriam et ad terram meam;* «déjame volver a mi patria y a mi tierra» (1). Para un alma, cansada de sufrir y de pedir, de combatir y de suspirar, qué hermoso es en su boca este: *dimite me,* déjame partir... y partir para mi patria, para mi tierra... y partir para mi patria, para mi tierra... y partir para siempre... *dimitte, dimitte me!...*

Tenéis razón, oh almas de Dios; para vosotras la tierra es un destierro; el mundo una esclavitud; el cuerpo una cárcel; las criaturas, cadenas; y ¿la vida?... ¡Ah, la vida es una tempestad, una lucha, un temor incesante. Para vosotras el día de la verdadera vida es el día de la muerte; la aurora más alegre es el último ocaso; la gracia más deseada es la última enfermedad. Para vosotras la noticia más agradable es el aviso de la partida: la alegría más completa es aquella de los últimos días; pero, sobre todo, la fiesta más conmovedora, la fiesta más divina, es la última comunión, el santo Viático.

¡El Viático!... Qué de cuadros inmortales, como el *San Jerónimo* del Domenichino no se pintarían, si se confiasen a los lienzos las últimas comuniones de los santos; los cuales fueron sin duda alguna las almas eucarísticas más excelentes. Cada cuadro sería un limbo de cielo, una visión de la gloria. Mas ya se sabe; en la vida de los santos, lo más divino es lo que no se ve y se ignora.

(1) Gen. XXX, 25.

El amor de Jesús en la Eucaristía siempre me llena de estupor; mas cuando le considero en el Viático, entonces sale de mi boca aquel grito, con que la Iglesia, admirada por la redención del mundo, exclama en el*Exsultet* del Sábado Santo: *O mira circa nos tuae pietatis dignatio, o inaestimabilis dilectio charitais;* «¡Oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros! ¡Oh inestimable exceso de caridad!»

El santo Viático es, pues, la mayor dignación de Jesús, su última caricia y su amoroso adiós.

V. Es *suprema dignación*. Quedamos admirados delante de una lápida que recuerda a la posteridad la visita hecha por cualquier rey, o por algún pontífice, a un amigo enfermo o moribundo. ¡Dios mío! ¿por qué alguna señal no indica las casas donde Vos, Rey de Reyes, sacramentado, habéis entrado a visitar a vuestras criaturas en los últimos instantes de su vida? He dicho a visitar; pero acaso habría dicho mejor *a devolver las visitas.*

Hasta ahora ha sido el alma la que, sin faltar, todas las mañanas, y después durante el día, pudiéndolo, ha ido a visitar en la iglesia a su Dios y su Rey; ahora es su Rey y su Dios quien, con una visita sola, recompensa al alma las visitas de años y años. De esta suerte, el alma sale de esta vida después de ver satisfechos todos los deseos de su corazón.

¡Cuántas veces, en efecto, su corazón, conmovido, había envidiado la casa de Isabel, que acogía a la Divina Madre llevando en su seno purísimo a Jesús, o la de Betania y de Zaqueo! ¡Bienaventuradas criaturas, que hospedaron en sus moradas a su Creador! Y nosotros, ¿nunca hemos de recibir de la bondad de Dios semejante favor? Alégrate, oh alma; el Viático sacia este tu último deseo y hace tu pobre casa en todo semejante a la de Isabel, a la de Magdalena y de Zaqueo. Será entonces cuando, en un arranque de humilde reconocimiento, podrás gritar también tú con la misma Isabel: *Et unde hoc mihi?...* «Y ¿de dónde a mí tanto bien que venga a mi casa el Señor del cielo y de la tierra; de dónde, de dónde a mí tanto bien? *Et unde hoc mihi?...* Será entonces cuando, viéndolo en-

trar, arrojándote a sus pies y extasiada de amor, exclamarás como la Magdalena: *Rabboni! Rabboni!* Será entonces cuando tu alma, satisfecha como Zaqueo en el ardiente deseo de ver a Jesús (y es la última vez que lo verá sacramentado), abrirá de par en par las puertas de su casa, abrirá de par en par las puertas de su corazón.

«¡Oh admirable dignación de la bondad de Dios! ¡Oh inestimable fineza de su caridad!»

VI. Y verdaderamente, estos pensamientos: un Dios a mí... y en mi casa... en mi habitación... y junto a mi lecho... ¡ah!, estos pensamientos hacían salir fuera de sí a los santos y deshacerse en lágrimas y suspiros cuando recibían el Viático. Y si hubiese un libro que recogiese de la vida de los santos y narrase sólo la escena de su Viático, sin más, este libro sería un grande tesoro. Valga por todos el Viático de San Felipe Neri, que es ciertamente uno de los santos más eucarísticos; si bien, cuando llamo más eucarístico a un santo, temo hacer injuria a los demás; porque ¿qué santo no ha sido enamorado de la Eucaristía? ¿Se puede ser santo sin ser loco de amor por el Santísimo Sacramento? Pues bien; San Felipe, el venerado apóstol de Roma, que tuvo la dicha de morir el día mismo del *Corpus Christi*, yacía sobre su lecho, extenuado de fuerzas por los males que le afligían; octogenario, había llegado ya al término de su carrera. No habla el santo anciano; parece que duerme. Pero no duerme; es que está absorto en Dios; está en espera y aguarda... De repente un sonido de campanilla lo conmueve... ¡Es el Viático, es el Señor que viene... el Señor! A este sonido, sus fuerzas retornan, sus miembros parecen reanimarse; quiere arrojarse del lecho y arrodillarse a toda costa... Y cuando ve aparecer el Santísimo Sacramento, no es ya hombre de la tierra; en aquel momento, Felipe Neri es ángel del cielo; diré mejor, es un serafín herido, un serafín que arde, que grita: *¡He ahí el Amor mío, he ahí el Amor mío... dadme, dadme el Amor mío!* Si nadie hubiese escrito la vida de San Felipe Neri, esta escena de cielo bastaría para revelarla; bastaría este momento sólo para testificar la virtud de sus gloriosos ochenta años. El

último grito de su vida sería su panegírico más hermoso; y sólo el Viático demostraría que era un grande santo, y especialmente un grande enamorado del santísimo Sacramento.

VII. El Viático es además la *última caricia* de Jesús Sacramentado.

¡Cuántas veces el enfermo ha languidecido de amor delante del Tabernáculo; cuántas veces ha bañado de lágrimas la mesa del Señor; cuántas veces le ha besado, le ha acariciado, estrechándole dulcemente contra su corazón!... Mas las caricias de la hija, el Padre no las olvida; y así como con una sola visita le devuelve todas las visitas recibidas, así también con una última caricia recompensa al alma todas las caricias hechas a Jesús. Esta última caricia es el Viático; porque el santo Viático es el último beso, la última bendición que el Padre da a la hija de su amor, el Pastor a su ovejita, el Criador a su amada criatura.

Un día Jesús había dicho a los Apóstoles: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo estorbéis...» (1). Y ahora todos los días dice a los sacerdotes: «Dejad, dejad que yo vaya a mis hijos enfermos; llevadme a ellos, y no queráis estorbármelo...». Él, el Dios del amor, se había hecho panegirista de la caridad para con los enfermos hasta el extremo de identificarlos con su adorable Persona; y ahora es Él mismo, sacramentado, el primero en visitarlos y consolarlos; el primero en darnos ejemplo.

VIII. Y ¿cómo podría ser de otra manera? En su vida mortal habría visitado y consolado a tantos enfermos, y ahora en su vida eucarística, ¿los habría abandonado y olvidado? ¿Abandonado y olvidado, cuando el hijo enfermo ha empleado una vida entera en recibirlo en la Comunión, en visitarlo, en consolarlo y hacerle dulcísima compañía? ¿Qué no haría un amigo por ver la última vez a su amigo moribundo, y un hermano a su hermano? Mas, sobre todo, ¿qué no haría un padre por estrechar contra su corazón por última vez a su hijo, o a su hija?

(1) Mt. XIX, 14.

Pero ni siquiera en gentileza Dios se deja vencer de sus criaturas; y ningún corazón de hombre, ni siquiera todos los corazones de los hombres juntos, poseerán las finezas del Corazón de Jesús, el Hombre por excelencia. Y viéndole correr, por medio de las manos de sus sacerdotes, al lecho de sus hijos enfermos, no puedo menos de acordarme de Isaac. Era ya anciano y ciego, y había llegado al extremo de sus días el piadoso Patriarca. Quería su alma derramar por última vez sus bendiciones sobre su primogénito; y le pidió una comida especial, *ut benedicat tibi anima mea, antequam moriar,* «para que te bendiga mi alma antes que yo muera». Cuando todo se hubo cumplido, Isaac, en un éxtasis de paterno afecto, dijo al hijo: *Accede ad me, et da mihi osculum, fili mi;* «llégate a mí y dame un beso, hijo mío». *Et accesit, et oculatus est eum;* «y el hijo se llegó y besó a su padre» (1).

¡Qué tierna es esta escena!, pero más tierna es la escena que me recuerda, ¡oh gran Dios! cuando vuestros ministros os llevan, como Viático, a las casas de los enfermos; cuando, por medio de las manos de vuestros sacerdotes, os veo inclinaros sobre el lecho del hijo moribundo, me parece oíros repetir las mismas dulcísimas palabras de vuestro abuelo: *Accede ad me, et da mihi osculum, fili mi;* «oh hijo, llégate a mí y dame un beso; dame el último beso en la tierra, hijo mío...» Y el enfermo se llega, os recibe, os besa tiernamente: *Accessit, et osculatus est eum.* ¡Ah! si no tuviera otras razones que me obligasen a amaros tanto y a amaros siempre, oh mi Jesús Sacramentado, os amaría sólo para asegurarme el Viático en la hora de la muerte, o sea, vuestra última bendición, vuestro último beso, seguro que estaréis dispuesto a obrar aún milagros, antes de dejarme morir sin la última caricia, como milagros obrasteis para tantas almas elegidas (1).

(1) Gen. XXVII, 1-27.

(1) Sin embargo, añado luego: el verdadero Viático es la voluntad de Dios. Cuántos santos murieron sin Viático, y, no obstante, son grandes santos, como Francisco Javier, Andrés Avelino y otros.

IX. He ahí, en efecto, gravemente enfermo en una casa de protestantes, lejos de su patria, al angelical San Estanislao de Kostka. No tiene él miedo de morir, pero teme morir sin Viático. Lo pide, en efecto, ruega, suplica; mas los luteranos que le hospedan, no se conmueven por nada. No le queda al santo joven más que rogar al Señor e interponer la intervesión de la celestial Madre; y llora, sus pira y gime. ¿Será posible que Jesús y María se muestren insensibles a las lágrimas del angélico hijo? ¿Será posible que el cielo no se conmueva? Mas de aquí que de improviso oye melodías del cielo y ve espíritus celestes... Son ángeles que se acercan y rodean su lecho, y entre ellos vien uno todo resplandeciente de luz, que tiene en las manos la Hostia santísima, y le da la Comunión. La visión desaparece, y Estanislao queda con su Jesús en el pecho, sumergido en un gozo celestial.

Ved también, en España, a San Ramón Nonato, religioso de la Orden de la Merced, regresaba de un viaje a Roma; pero durante el camino, en Cardona, fue sorprendido por la muerte. Conoció el santo religioso que le quedaba poco tiempo; y al instante pide y suplica que se le administren sin tardanza los sacramentos. Pasan las horas, y ningún sacerdote llega; ninguno le trae el santo Viático... ¡Pobre alma de Dios! se agrava de momento en momento; conoce que ha llegado ya a los últimos instantes; ve que la muerte está allí, que espera también ella... Mas el sacerdote no viene. ¿Será, pues, voluntad de Dios que muera sin el Viático este su siervo, que tantos milagros de abnegación y de caridad ha obrado para redimir a los esclavos, siendo este el fin principal de su instituto? Del corazón de Ramón sale un grito de fe al Señor de todas las consolaciones, y pronto le parece escuchar como murmurios de salmodia en una procesión. Ciertamente, es una procesión... son religiosos de su Orden que le traen el Santísimo Viático. Los mira, los contempla atónito al verlos; parecen sus hermanos, pero no conoce a ninguno. Y no podía conocerles; pues eran ángeles que, vestidos de frailes Mercedarios, venían en procesión a dar el Viático al glorioso siervo del Señor.

X. Más admirable es todavía el caso sucedido, en Florencia, a Santa Juliana de Falconieri. Cuando la muerte para todos los demás santos es un con suelo, para solo Juliana es un tormento. No puede tragar nada; arroja lo poco que toma, y por eso no puede recibir el santo Viático. ¡Gran Dios! ¡qué pena y qué prueba para un alma! vivir una vida entera de la Eucaristía, y morir sin la Eucaristía. Pide que por lo menos le traigan a su celda y se la acerquen a su pecho la Hostia santísima, aquella Hostia, que tomaría como Viático, si pudiese. Fue luego complacida: el sacerdote entra, el Santísimo es expuesto, las religiosas lloran... lloran todos... Pero Juliana es mujer de mucha fe, y el milagro se obra. Apenas el sacerdote acercó a su pecho la Hostia sacrosanta, en un instante desapareció, y Juliana expiró dulcemente con una sonrisa celestial en sus labios. La Hostia había pasado milagrosamente a su corazón; y cuando sus hijas espirituales, según la religiosa costumbre, lavaron el cuerpo virginal de la santa madre, sobre el pecho y en el lado del corazón, encontraron como un sello de carne, que representaba una hostia con la imagen del Crucifijo encima.

¡Cuán admirable y amable es siempre Dios en sus santos!

XI. El Viático finalmente es *el amoroso adiós para el viador*.

¡Ultima Comunión!... Palabra santa y ardientemente deseada, porque después del Viático viene el cántico de la partida: el *Nunc dimitis.* El anciano Simeón, para entonarlo, esperó que la Virgen le pusiera sobre sus temblorosos brazos al suspirado Mesías; y cuando le hubo visto, y pudo afirmar: *Quia viderunt oculi mei Salutate tuum* (1); «mis ojos han visto ya al Salvador que nos has dado...» entonces fue concluido el cántico de la partida: «Ahora, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa».

Para entonarlo, el alma de Dios el alma eucarística moribunda no ha esperado sino a que la Iglesia le pusiese la última vez sobre los brazos a su Salvador Sacramentado; y no sobre los brazos solamente, sino sobre la

lengua y el corazón... ¡Y ha venido!... Canta, canta, pues, oh paloma, que comienzas a desplegar las alas; oh prisionero, que sientes romperse las cadenas; oh desterrado, que entrevés ya la patria... Canta, canta, pues, oh marinero, que te acercas al puerto; oh siervo fiel, que esperas la recompensa; oh vencedor que suspiras por la corona... canta, canta, pues: *Viderunt oculi mei Salutare tuum;* mis ojos, en mi propia casa, sobre mi lecho, han visto al Salvador, y ahora: *Nunc dimitis servum tuum, Domine;* «Ahora, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa...».

El Viático es, por tanto, el epílogo y coronamiento de todos los amores eucarísticos, la última hoguera, el último holocausto. Comuniones ha hecho miles, viáticos sólo hará uno: las comuniones son para el tiempo, el Viático para la eternidad.

Como un ángel se había visto siempre comulgar a San Gerardo Maiella; mas cuando recibió el Viático el día de Santa Teresa, 15 de octubre de 1755, todos los circunstantes exclamaron: «Es un serafín que se une a la divina Esencia». Su habitación, no obstante la enfermedad nauseabunda que padecía, despedía suavísimos perfumes, y melodías celestiales se escuchaban en torno de su lecho. Quiere que le dejen sobre el pecho el corporal que había servido para el santo Viático; pues con el corporal sobre el pecho quiere morir, y con él quiere presentarse ante el tribunal de Dios. ¡Qué conmovedores son los delicados pensamientos de los santos!

XII. Cuando San Pablo se despedía de los habitantes de Mileto y de Efeso, después de haber hecho a todos solemnes exhortaciones, por último les manifestó el convencimiento que tenía de que ninguno de todos ellos le volvería ya a ver: *Amplius non videbitis faciem meam...* Fue como un rayo esta noticia para aquellos fieles evangelizados por él; de modo que cuando, concluida la exhortación, se puso de rodillas e hizo oración con todos ellos, comenzaron todos a deshacerse en lágrimas: *Magnus fle-*

(1) Luc. II, 30.

*tus factus est omnium.* Entonces se arrojaron todos al cuello de Pablo, lo bañaron de lágrimas, lo cubrieron de besos: *Procumbentes super collum Pauli, osculabantur eum;* «aflgidos sobre todo por aquella palabra que había dicho, que ya no verían más su rostro. Y de esta manera le fueron acompañando hasta la nave» (1).

Mas tampoco vosotras, oh almas eucarísticas moribundas, después del Santo Viático, veréis más aquí abajo a vuestro Amor Sacramentado... ¡Será aquella la última visita, la última visión eucarística en la tierra!... A vosotras, empero, más afortunadas que los discípulos de San Pablo, Jesús no viene para deciros: Adiós, que ya no volveréis a ver más mi rostro; sino para deciros: Levántate, apresúrate; hasta vernos en el cielo.

¿Qué más puede el alma hacer ya, sino, embriagada de amor y de alegría, arrojarse a los pies del Señor para darle gracias por última vez, y pedirle perdón, y hacerle las últimas ofertas, y presentarle los últimos obsequios, los últimos latidos, las últimas oraciones, las últimas lágrimas, los últimos besos, los últimos instantes?... ¡Oh Viático, oh santo Viático, amable y terrible!...

Será más fácil que el alma, cuando Jesús Sacramentado desaparezca de sus ojos, quede muda sobre su lecho, recogida en Dios, embriagada de amor y de dolor, pensando en Jesús, en la última Comunión.

Pero ya una nueva luz brilla a sus ojos, nueva fragancia se esparce en su corazón: ¡la luz del cielo, la fragancia de la eternidad!...

## CAPÍTULO XX

## ¡LA MUERTE LLEGA!...

I. Se refiere de San Carlos Borromeo que, teniendo en sus habitaciones un cuadro que representaba la muerte con la guadaña en la mano, un día lo hizo corregir,

(1) Act. XX, 36-38.

ordenando que de las manos de la muerte fuese quitada la guadaña, y en su lugar se pusiera una llave de oro.

¡Qué hermoso es el pensamiento de San Carlos! A sus ojos la muerte no es terrible sino amable; no es desgracia, sino fortuna: no pérdida, sino ganancia; en una palabra, no es una guadaña, sino una llave de oro. Para su corazón de santo la muerte es un tesoro en sí misma, por eso es de oro; es además un principio de otros tesoros, y por eso es también llave. En suma, me parece que el santo Arzobispo haya querido expresar en colores la sentencia del Salmista, que dice ser «de gran precio a los ojos del Señor la muerte de sus santos» (1).

Es verdad que también para algunos santos la muerte ha tenido apariencias terribles; mas estos terrores, en la hora de la muerte, han sido cortos momentos permitidos por Dios, ya para dar una última mano, digámoslo así, a sus almas escogidas, ya para acrecentarles el mérito, o ya también para nuestra enseñanza. Semejante a esas negras nubes que, deshaciéndose en lluvia con truenos y relámpagos, oscurecen momentáneamente el sol y el cielo, para hacerlo pronto reaparecer más espléndido que antes; así también han sido a veces para las almas santas algunos momentos angustiosos en la hora de la muerte; esto es, nubes pasajeras, borrasca de un momento, después de la cual, el sol brilla más luminoso, el cielo aparece más puro, y el crepúsculo de la tarde es más tranquilo y sonriente.

II. El Espíritu Santo no hizo excepción alguna cuando dijo: *Preciosa in conspectu Domini, mors sanctorum ejus;* basta, pues, que un alma sea verdaderamente santa, para que obtenga del Señor una muerte del todo preciosa. Ahora bien, entre estas almas afortunadas, ¿no debemos enumerar las que han sido ciertamente eucarísticas? Cualesquiera que sean, esto es seguro: que una impresión misteriosa de inexplicable paz dejará su muerte, y las últimas palabras que pronunciarán sus labios moribundos, serán las palabras que, al expirar, pronunció el venerable

(1) Ps. 115, 15.

Suárez: *Non putabam tam dulce esse mori*, «¡ah! ¡no creía que el morir fuese tan dulce!» ¿Cómo puede ser amarga la muerte de un alma que en la tierra ha vivido siempre del todo consagrada al amor de Jesús Sacramentado? Serían, pues, exageraciones y no verdaderas afirmaciones las solemnes promesas del Salvador, que predicaba a las turbas y les decía: «Yo soy el pan de vida... Quien, come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día... Este es el pan que ha bajado del cielo. No sucederá como a vuestros padres, que comieron el maná, y no obstante, murieron. Quie come este pan, vivirá eternamente» (1).

Salvador mío, Vos no podéis engañarme: si la Eucaristía es prenda de inmortalidad, será también prenda y señal de una santa muerte; porque, si un alma, que se alimenta todas las mañanas de vuestra carne y de vuestra sangre, esforzándose para recibiros lo menos indignamente que sea posible; si un alma, que de la divina Eucaristía ha hecho su centro, su vida, su todo, y se ha conservado fiel hasta su última hora, al fin, tuviese una mala muerte, no serían ya verdaderas vuestras promesas eucarísticas, ¡oh Dios mío! Mas así como no es posible que vuestras promesas no sean verdaderas, así tampoco es posible que una mala muerte corone una vida santamente eucarística, y se pierda un alma, la cual durante muchos años se ha alimentado todas las mañanas devotamente de la carne y de la sangre del Salvador, gérmenes divinos de inmortalidad.

III. ¿Qué cosa, por cierto, podría hacer infeliz la muerte de un alma eucarística? ¿Por ventura su llegada inesperada? ¿acaso el peligro de no encontrarla preparada? A estas dos se reducen todas las causas que podrían hacer amarga nuestra muerte: a no esperarla y a no estar preparados. Pero ni una ni otra pueden hacer funesta la muerte de un alma eucarística.

Hemos visto en uno de los capítulos anteriores que la nostalgia del cielo es el perfume de la Eucaristía, pues

(1) Jo. VI, 48-59.

es imposible suspirar por los Tabernáculos de los altares, sin suspirar por los Tabernáculos eternos. El pensamiento de la Pascua, esto es, de la liberación o de la salida, está unido a la Eucaristía, como estuvo unido al cordero pascual, comido la primera vez en Egipto. Hemos dicho también que el Santísimo Sacramento es esencialmente prenda de la gloria futura; por tanto, cada comunión es una contraseña, promesa e invitación para el cielo; por lo cual, para las almas verdaderamente santas es imposible vivir de la Eucaristía, y no vivir de la nostalgia del cielo.

En nuestros Tabernáculos mora Jesús Sacramentado, Dios escondido y silencioso; cuando más se le ama, tanto más se arde en deseos de ver finalmente su rostro y de escuchar su voz. Es este el suspiro de todas las almas enamoradas de Jesús: *Ostende mihi faciem tuant,* «¡oh Dios escondido, muéstrame tu rostro!» *Sonet vox tua in auribus meis,* «suene tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce, y lindo tu rostro»; *Vox enim tua dulcis et facies tua decora* (1). Suspirar por el rostro y la voz de Jesús, quiere decir suspirar por el cielo; y un suspiro por el cielo es toda la vida de los almas santas, y por tanto, un suspiro por la muerte, que es la llave de oro del cielo, querer morir y no poder, ha sido el martirio suavísimo de todos los corazones inflamados de amor divino; lo hemos demostrado en otro lugar, y no es necesario detenernos más aquí.

IV. Mas ¿es posible, a pesar de todo, que la muerte encuentre desprevenidas y no preparadas a semejantes la mas? ¿puede sorprender de improviso aquello por lo cual continuamente se suspira? ¿puede no estar preparado quien todos los días se prepara? La preparación cotidiana para la muerte; cuando llegue, será recibida con alegría.

No es, por tanto, para el alma eucarística el aviso del Eclesiástico: «Oh muerte, cuán amarga es tu memoria» (2); porque el Eclesiástico habla del hombre que vive en

(1) Cant. II, 14.
(2) Eccli. XLI, 1.

paz, entre los goces de sus riquezas; al paso que el alma, de la cual hablamos, vive en la tierra sin tener apego alguno a ella. Ni es asimismo para el alma eucarística la intimación de Dios, hecha por boca del profeta Isaías: «Dispón de las cosas de tu casa; porque vas a morir, y estás al fin de tu vida» (1). Esta alma está siempre bien ordenada. ¿Cómo puede, pues, penetrar, y especialmente cómo puede reinar en ella el desorden, si ha llegado a ser casa y trono del Rey pacífico, del Príncipe de la paz, que viene todas las mañanas a tomar posesión de su corazón y reposar en él?

No es tampoco para el alma eucarística la amenaza del Sabio: «Comparecerán llenos de espanto por el remordimiento de sus pecados» (2). ¿Los pecados? Pero ¿acaso no ha dicho Dios: «Si el impío hiciere penitencia de todos los pecados que ha cometido... tendrá vida verdadera, y no morirá; y de todas cuantas maldades haya él cometido, yo no me acordaré más?» (3). ¿No protestó el Señor diciendo: «Venid y argüidme: aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve; y aunque fuesen teñidas de encarnado como el bermellón, se volverán del color de la lana más blanca?» (4). ¿No era ésta la seguridad del Salmista penitente cuando oraba al Señor: «Tú me rociarás con el hisopo (planta aromática que se usaba en las solemnes expiaciones de la antigua ley), *lavabis me et super nivem dealbabor,* me lavarás, y quedaré más blanco que la nieve?» (1).

Y ¡cuántas veces el alma eucarística ha llorado sus peados! ¡cuántas veces, en el tribunal de la penitencia, ha sido rociada con el hisopo de la santa absolución! ¿No se ha bañado todas las mañanas, cual mística paloma, en la sangre de Jesucristo? ¿No habla especialmente de las almas eucarísticas San Juan cuando dice en su Apocalip-

(1) Is. XXXVIII, 1.
(2) Sap. IV, 20.
(3) Ex. XVIII, 21-22.
(4) Is. 1, 18.
(1) Ps. L, 9.

sis: «Estos son los que han venido de una tribulación grande, y lavaron sus vestiduras, y las blanquearon en la sangre del Cordero?» (2).

V. Si siguieron a la Magdalena en la culpa, la han seguido también en las lágrimas y en el amor; porque ¿cuánto fuego de amor no ha ardido en el corazón enamorado de una eucarística Magdalena? ¡Oh, y cuán grande ha sido la fuerza del divino amor en esta alma! ¡cuántas veces Jesús Sacramentado ha repetido de ella: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*, «le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho!» ¡Cuántas veces le ha dicho a ella misma: *Remittuntur tibi peccata... vade in pace*, «perdonados te son tus pecados... vete en paz!» (3).

Y si Jesús, en la infinita delicadeza de su caridad, no recordó más los pecados de la Magdalena, ni volvió nunca a echárselos en cara, ¿recordará los pecados de las almas eucarísticas, y los recordará precisamente en la última hora para echárselos en cara en el momento mismo de la muerte? ¡Ah, no, Corazón piadosísimo de mi Jesús!... Tú que has absuelto a la Magdalena, tú que has escuchado la súplica de un ladrón, mucha más esperanza has dado a las almas, que no son solamente penitentes, sino que también están enamoradas de ti. Resuenen, pues, suaves en la boca de un alma justa moribunda estos acentos: *Qui Mariam absolvisti, et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti*, llenándola de confianza y de dulcísima esperanza.

VI. Se puede aplicar muy bien a las almas eucarísticas lo que San Juan afirma en el Apocalipsis: «Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor. Ya desde ahora, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos, puesto que sus obras los van acompañando» (1). Y en otro lugar: «Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas: ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más

(2) Apoc. VII, 14.
(3) Lc. VII, 47-50.
(1) Apoc. XIV, 13.

dolor» (2). Es también dicho para el alma eucarística cuanto asegura la divina Sabiduría: «Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará a ellas el tormento de la muerte» (1). «El justo, aunque sea arrebatado de muerte prematura, *in refrigerio erit*, estará en lugar de refrigerio» (2). Asimismo son para el alma eucarística las dulcísimas palabras del apóstol San Pablo: «yo ya estoy a punto de ser inmolado, y se acerca el tiempo de mi muerte. Combatido he con valor, he concluido la carrera, he guardado la fe» (3).

Al alma no le resta ya más que cantar con el Salmista el cántico de la ascensión: «Gran contento tuve cuando se me dijo: Iremos a la casa del Señor. En tus atrios descansarán nuestros pies, oh Jerusalén» (4).

VII. Por cierto, la vida de los santos es un salterio divino, y sus almas son místicas liras del Altísimo. Cada uno de los santos puede con razón decir con el Salmista: «Yo cantaré toda mi vida las alabanzas del Señor: entonaré himnos a mi Dios mientras yo viviré». Por eso, la muerte de las almas escogidas es como el último salmo de su vida, o el último verso de su canto mortal; después del cual, las cuerdas se destemplan y la lira se rompe. Cosa notable, por cierto; casi todos los santos mueren recitando un salmo, o con un versículo o una palabra inspirada en los labios; se diría que mueren cantando. Poesía fue toda su vida, y poesía es también su muerte; vivieron cantando al Señor: *Cantabo Domino in vita mea...* y mueren cantando: *Psallam Deo meo quamdiu sum* (1).

VIII. Cuando Santa Francisca Romana moribunda, había llegado a su fin, se la veía sumergida en un silencio misterioso y absorta en un recogimiento celestial. Con frecuencia, sin embargo, sus labios, se movían, como si recitase alguna plegaria. Lo advirtió su confesor, y acer-

(2) Apoc. XXI, 4.
(1) Sap. III, 1.
(2) Ib. IV, 7.
(3) Tim. IV, 6-7.
(4) Ps. CXXI, 1-2.
(1) Ps. CIII, 33.

cándose a ella, le dice: «Señora Ponziani, ¿qué recitáis vos?» La señora Ponziani, que así la llamaban por el apellido de su esposo, detiene la respiración, toma aliento y responde: «Padre, las vísperas de la Virgen... ya llego al *Magnificat*».

Y cuando lo hubo terminado, sus labios sonrieron, sus ojos brillaron... y se cerraron para siempre. Moría recitando las Vísperas, recitando el cántico de María, el cántico del amor, de la alegría y acción de gracias. Así, cuando de pequeñita se le soltó milagrosamente la lengua y comenzó a hablar con toda perfección, la primera oración que recitó, fue el oficio de la Santísima Virgen. Esta fue su primera y última plegaria: comenzó salmodiando, salmodiando terminó su carrera mortal, que fue toda ella un canto, un poema al Señor.

Así viven y así mueren los santos, cantando. Y muchas veces sus cantos son sollozos; sintiéndolos, no puede uno menos de conmoverse y llorar.

IX. Mas si hay un santo que conmueve verdaderamente, porque no puede morir, queriendo morir, y morir de amor, es el Patriarca San Francisco. Es digna de escucharse la lira del Serafín que llora:

«¿Por qué así, caro amor, di me has herido?
el corazón partido
arde con el afecto; arde, y se inflama;
no hallando ya donde caber su llama.
. . . . . . . . . . . . . . .
Ofréceseme Cristo todo hermoso:
abrázome con él, y afectuoso
clamo de esta manera:
«Amor, a quien deseo tan ansioso,
haz que de amor yo muera».
. . . . . . . . . . . . . . .
Oh dulcísimo Amor, mira mi pena,
y que ya no es sufrible
este incendio terrible.
. . . . . . . . . . . . . . .
¿Por qué, amor sin medida,

me traes así con la razón perdida?
¿Y con ardor tan fuerte
en un fuego que anima me das muerte?
. . . . . . . . . . . . . . . .
No quiero más, ni más sufrir pudiera,
no resisto; de amor soy prisionero:
dada me es la sentencia.
que yo de amores muera:
ni más alivio que morir ya quiero.
En labio y corazón sólo amor suena.
El alma de ardor llena,
en amor se derrite.
¡Oh amor! morir de amores me permite.
. . . . . . . . . . . . . . . .
¡Oh amor, oh amor, oh amor! ¡qué feliz suerte
fuera la mía si me hubieras dado
ya de amores la muerte!
¡Oh dulce enfermedad, oh fin dichoso!
¡Oh mar de dulcedumbre proceloso!
¡sí perdido a mi mismo
ya me absorbieses en tu dulce abismo!
¡Oh amor, amor, amor, en ti renace
el corazón que el mismo amor deshace!
Tú, del alma; Jesús, suave esposo,
si eres dulce, si pio,
concédeme, amor mío:
que fallezca en tu abrazo delicioso
Haz que en ti me transforme, que en ti muera... (1)
. . . . . . . . . . . . . . . .

X. Y cuando, finalmente, hubo llegado la muerte, hizo cantar por dos de sus hermanos más amados, León y Angel Tancredi, *el Cántico del Sol, o de las Criaturas*, haciéndoles añadir esta estrofa:

«Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte [corporal

(1) Traducción del R. P. Fr. Antonio Panés, O. F. M.

de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueren en pecado mortal!
Dichosos aquellos que se hallan en tu santa voluntad,
porque la segunda muerte no les hará mal».

Cuando, después, se sintió ya desfallecer, y comprendió que su lira daba los últimos acentos, el cantor de Dios moría cantando; moría con un salmo en los labios, el salmo 141, que comienza: «Alcé mi voz para clamar al Señor: al Señor dirigí los clamores de mi plegaria»; y termina: «Saca de esta cárcel a mi alma para que alabe tu nombre: esperando están los justos el momento en que me seas propicio...»

¡¡Terminaba el salmo, y moría Francisco de Asís!!...

Me parece que todos los santos acaban su vida, como suspiraba el profeta Habacuc: «Yo me regocijaré en el Señor... y el vencedor me conducirá a las alturas *de mi morada,* cantando yo himnos en su alabanza» (1).

Morir *in spsalmis canentes,* he ahí la muerte de los santos.

XI. Si, aludiendo a las razones que hacen preciosa y verdadera llave de oro la muerte de las almas eucarísticas, hemos hecho mención, para completar el pensamiento, de la muerte de los santos que terminan su vida recitando algún salmo, ahora volveremos junto al lecho del alma eucarística moribunda para asistirla hasta el momento supremo, y acompañar al cielo el alma bienaventurada y al sepulcro los sagrados despojos.

## CAPÍTULO XXI

## LOS ULTIMOS PREPARATIVOS

I. Hemos dicho que la nostalgia del cielo es perfume de Eucaristía; que la vida eucarística es una continua muerte, y cada Comunión una preparación para morir.

(1) Hab. III, 18-19.

Mas la última y mejor preparación es el santo Viático, suprema caricia de Dios, después de la cual, para el alma que suspira por el cielo, llega la hora tantas veces deseada de la partida de este mundo. ¡Y hela ahí pronta a salir!... pronta como el encarcelado que ve abrirse la puerta de la prisión, o como está pronto a virar hacia el puerto el marinero batido por las olas en una furiosa tempestad, o como el desterrado a quien se otorgase el volver a su patria; está pronta para la partida como golondrina libertada de la red, o cual paloma suelta de los lazos, o cievo sediento que descubre la fuente de aguas cristalinas; está pronta para la partida... especialmente como alma cristiana, que acepta la muerte tranquilamente como pena y expiación del pecado, y como término de las pruebas y fatigas, de los padecimientos, de las luchas y peligros de la terrena peregrinación; está pronta para la partida, porque la muerte es el misterioso llamamiento del Hacedor Supremo, y por tanto, el último obsequio ofrecido a su voluntad, el último homenaje rendido a su gloria, y el último holocausto sacrificado a Él, Dios Sumo, Principio y Fin de todas las cosas. Él señala la hora del nacimiento y de la muerte; y el hombre, con toda su ciencia y todo su poder, no puede alargar su propia vida ni siquiera cinco minutos más de tiempo.

Está pronta, pues, para salir de este mundo el alma eucarística; mas, a decir verdad, mejor diríamos que está pronta y preparada como para asistir a una grande fiesta, a una fiesta solemne, *a una fiesta de bodas;* porque, ¿no es Jesucristo mismo el que compara el reino de los cielos, en el cual se entra por la muerte, «a cierto rey, que celebró las bodas de su hijo»? (1). ¿No es de Jesús la parábola de las diez Vírgenes, figura también del reino de los cielos, las cuales «fueron invitadas a salir al encuentro del esposo que llega a la media noche, celebra las bodas con las prudentes, y a las necias cerró la puerta?» (2). ¿No es el Espíritu Santo el que ha dicho al extático Evan-

(1) Mat. XXII, 2.
(2) Ib. XXV, 1-13.

gelista: «Escribe: Dichosos los que son convidados a la cena de las bodas del Cordero?» (1).

Ahora bien, la invitación se hace por medio de la muerte; de donde a la muerte de un alma eucarística, que es la verdadera esposa del divino Cordero, se puede muy bien, y aun se debe repetir el místico epitalamio escuchado por el mismo San Juan en sus éxtasis de Patmos: «Gocémonos y saltemos de júbilo, y démosle la gloria». Y ¿por qué?... «Porque son llegadas las bodas del Cordero, y su esposa se ha puesto de gala»: *Venerunt nuptiae Agni, et uxor ejus praeparavit se* (2).

II. Mas así como la esposa emplea todos los años de los esponsales en preparar su dote y su vestido de boda, y solamente después, en los últimos días, y especialmente en las últimas horas, es cuando se atavía con todo el esplendor posible; de igual modo se porta también el alma eucarística. Prometida de Cristo, ha empleado todos los años de su vida en adquirir la dote para las bodas y en preparar su vestido nupcial para la eternidad; pero es después, en el día mismo de las bodas, en el último ocaso de la vida, cuando su preparación se completa y nada le falta ya.

Su confesión de entonces es la corona de todas las confesiones hechas; aquella última absolución es el sello, el *Amén* de todas las santas absoluciones recibidas en su vida. El Viático, lo hemos dicho ya antes, es la última de todas las comuniones; pero el Viático sólo no basta para que el alma comparezca toda hermosa en la presencia del Señor, el cual, si es su esposo, es también su juez. Por eso, ¡cuánta diligencia pone la Iglesia en purificar y adornar al alma, antes que se presente ante el acatamiento del Altísimo!

III. De aquella gran mujer llamada Judit se lee que, llegado el momento de tener que salir al encuentro de Holofernes, después de haber hecho a Dios aquella oración que es de las más sublimes que se hallan en los

(1) Apoc. XIX, 9.
(2) Apoc. XIX, 7.

Libros Santos: «Acabado que hubo de clamar al Señor, levantóse del lugar en que estaba postrada delante de Él... se quitó el cilicio, y desnudóse de los vestidos de viuda, y lavó su cuerpo, y ungióse con ungüento precioso... y ataviose con sus vestidos de gala, calzóse sus sandalias, púsose los brazaletes y las manillas, y los zarcillos, y las sortijas, sin omitir adorno ninguno. Añadióle además el Señor nueva belleza, y dio mayor realce a su hermosura, de suerte que a los ojos de todos parecía de una incomparable belleza...» (1). Así adornada, bellísima a los ojos de Dios y de los hombres, más celestial que terrena, más divina que humana, Judit sale de la puerta de Betulia, su patria, y va al encuentro de Holofernes.

Se lavó, pues, se ungió, se adornó esta gran mujer, y se adornó de la cabeza a los pies; en la belleza externa relucía la interna; su cuerpo era fiel reflejo de su hermosa alma.

IV. ¡Oleo bendito, ahora te comprendo; ahora entiendo lo que significa Extrema Unción! En substancia, extrema unción no quiere decir más que extrema *desinfección;* y justamente, porque la gracia que confiere el Oleo Santo es la última desinfección sacramental que recibe el alma del cristiano enfermo, mediante las últimas sacramentales unciones. Las unciones se hacen sobre los sentidos del cuerpo, pero la gracia purificante es sólo para el alma.

Es necesario, enseña Santo Tomás (así se expresaba el gran dominico P. Monsabré), es necesario que se aplique a las fuentes del pecado el remedio que debe curarlo. Ahora bien, el alma ordinariamente peca por los sentidos; son principalmente los cinco sentidos las puertas fatales, por las que entra el pecado en el alma; y por eso, el sacerdote unge los sentidos, recitando la conmovedora oración sacramental.

Bajo la acción poderosa de esta oración, la gota de óleo de cada una de las unciones se convierte en un río de gracia y de misericordia, que por la puerta de los

(1) Judith, X, 1-4.

sentidos se precipita en las íntimas profundidades, donde mora el alma. Si a su paso encuentra alguna culpa no borrada por la eficacia de los otros sacramentos, la arrastra consigo y la sumerge con todos los restos del pecado; y cuando las corrientes de todas ellas se encuentran, forman como un solo río de gracias, en el cual bañada el alma, se siente más fuerte que en la plenitud de su salud; y como Cristo al salir de su agonía en el huerto, exclama: «Ea, levantaos, vamos»: *Surgite, eamus.* Satanás no puede ya nada contra ella; está revestida de la fuerza del Espíritu Santo para el último combate. Las criaturas de este mundo ya no la detienen; sus lazos están rotos, y sus ojos fijos en el cielo.

Si ella se entristece todavía al recuerdo de sus ingratitudes, no se desalienta; porque el último beso de Dios la ha llenado de confianza en su infinita bondad. Y para mejor suplir la falta de sus satisfacciones, se entrega al querer divino, y convierte la agonía y la muerte en una expiación; y tanto amor pone en ello, que Dios no puede negarle una parte en los méritos de Cristo y de sus santos.

Fuera las sombras, ilusiones, quejas y turbaciones; fuera los temores y las angustias; vengan únicamente a recrear su alma la luz, la clara vista de la eternidad, la confianza, la paz y alegría en el Señor. Perfectamente curada, mientras el cuerpo sucumbe, el alma alaba a la piadosa misericordia que la ha acompañado hasta el último día de su vida terrena: *Misericordia tua subsequetur me omnibus diebus vitae meae* (1).

V. Ea, pues, sacerdotes del Señor, purificad al alma ungiendo esos ojos, los cuales, debiendo estar constantemente fijos en el cielo y en el Tabernáculo, tal vez se posaron sobre la tierra, se pararon a mirar otras bellezas fuera de la verdadera belleza de Cristo; vagaron por la iglesia, y no tuvieron lágrimas bastantes, o suficientemente ardientes, para el Dios del amor. Purificad esos oídos que, debiendo estar siempre atentos y prontos a solo las

(1) Ps. XXII, 6. Monsabré Conf. LXXVIII, año 1885.

voces de Dios, de sus representantes y de sus inspiraciones, escucharon alguna vez las voces de las criaturas, del mundo, o de las pasiones; se dejaron seducir por el canto de las sirenas, o por las preguntas sugestivas de la serpiente infernal. Purificadla en sus labios y en su boca... ¡Oh boca, cuán preciosa eres! Aquello que en el altar es la portezuela del Tabernáculo, eres tú en el altar de mi cuerpo; eres la puerta por la cual mi Rey y mi Dios entra todas las mañanas en mi alma. Eres tú, oh lengua, la portera que abre todas las mañanas a mi Señor; tú sola lo tocas, lo besas, lo gustas; ¡seáis, pues, benditos, oh lengua, oh boca, oh labios! Oh sagrada mano del sacerdote que te has acercado todas las mañanas a esos eucarísticos labios para poner en ellos al Señor, acércate ahora para purificarlos con el Oleo Santo. Sí, purifica el alma en esos labios, cuyas sonrisas acaso no fueran siempre del todo castas e inocentes; en esa boca, que no fue siempre fiel a las reglas de la templanza, ni siempre guardada con al llave de oro del silencio y de la prudencia, ni toda perfumada de gravedad y de pureza; y de la cual, si fluyeron leche y miel, cayeron también algunas gotas de veneno.

Ungid también las manos, esas manos que no fueron siempre prontas para las obras buenas, ni siempre asiduas para el trabajo, para el huso y la lana, ni siempre abiertas para los pobres, delicadas con los enfermos y generosas con los indigentes. Y finalmente, ungid esos pies que, si fueron a veces tan perezosos para ir a la iglesia, fueron tan ágiles para las diversiones...

VI. Oh santas unciones, santificad toda el alma, verdadero templo espiritual, como en la consagración de las iglesias y de los altares santificáis las paredes y las piedras sagradas. Santificad este templo espiritual, en el cual, si no penetró el fango, se introdujo el polvo, si no anidaron en él las sierpes, las arañas tal vez extendieron sus telas. Santificad este templo, cuyo altar, cuyos incensarios y vasos sagrados debían haber sido más custodiados, más puros y más venerados; donde, con el incienso verdadero, fue quemado algún grano de incienso impuro,

y entre el perfume de las flores faltó también la perfecta fragancia de los lirios.

¡Qué divinas son, pues, estas unciones sacramentales, con las cuales la Iglesia, ejecutora fiel de los mandatos de Jesús, termina de santificar el alma del moribundo, especialmente si es alma eucarística! ¿Quién puede, en verdad, dudar de que la carne y la sangre del Salvador sean verdadero *balsamum aromatizans*, verdadero bálsamo aromático? Ahora, después que el alma eucarística durante muchos años ha recibido diariamente el bálsamo oloroso de la Eucaristía, después de haber recibido la última profusión en el santo Viático, al fin recibe todavía el aroma de las santas unciones.

Aquello que fue el lavatorio de los pies en la última Cena, es decir, complemento de la institución de la Eucaristía, eso mismo son, en el fin de la vida, las unciones del Oleo Santo, es decir, complemento de la última confesión, coronamiento del Viático y la última preparación para las bodas de la eternidad.

Pero ya la aurora celestial aparece, y se respiran por el alma bienaventurada en aquel momento solemnes fragancias celestiales; y no sólo por ella, mas también por los circunstantes se siente y se respira, junto a aquel lecho, una fragancia del cielo, un aroma del paraíso... Y se siente y se respira aun cuando la muerte llegue de improviso, si de improviso puede decirse que llega para un alma toda de Jesús-Hostia.

VII. Fue de corta duración la última enfermedad del santo Cura de Ars, «si bien desde mucho tiempo el siervo de Dios parecía no tener más que un soplo de vida, y el hilo de voz que le quedaba era tan débil, que se necesitaba un oído atento para entenderle. Toda la energía de la vida y del pensamiento se había reconcentrado en los ojos, que brillaban como dos estrellas y semejaban espirales ardientes de un alma de fuego. Era la fuerza en la debilidad y la vida en la muerte». Así dice el P. Monnin, jesuíta, autor de su vida (Lib. V, c. IX). Mas cuando el santo anciano recibió los sacramentos, padeció una suave transformación, y entonces en su persona la expresión de

dulzura, de calma y bondad llegó al colmo. El momento más hermoso y solemne fue aquél en que recibía la santa Comunión.

San Andrés Avelino se prepara para celebrar la Misa; con el corazón lleno de alegría se encamina al altar, hace la señal de la cruz y comienza el divino Sacrificio; mas no era ya en el altar de la gracia donde Dios le esperaba, sino en el altar de la gloria. Parece que el Santo mismo haya tenido presentimientos de lo que iba a suceder; porque, repetidas misteriosamente tres veces las palabras *Introibo ad altare Dei*, «me acercaré al altar de Dios...» se para, vacila y cae luego herido de apoplejía. Cae delante de aquel altar, ante el cual tantas veces había caído de rodillas; parte para el cielo revestido como estaba para la Misa, y de esta manera termina su carrera sacerdotal. En todas las otras misas él había sido solamente sacerdote; en esa última, en cambio, comenzada en la tierra y terminada en el cielo, él mismo es también la víctima...

En Roma, el 16 de abril de 1783, en la iglesia de Santa María de los Montes, delante del Santísimo ardía de amor San Benito José de Labre. ¡Oh alma de serafín, tú no sabes que es este el último día, la postrer hora de tu vida! Sobrecogido de un deliquio, se desvanece y cae por tierra; es luego recogido y conducido a una casa próxima y, ardiendo todavía, ardiendo siempre de amor, entrega su hermosa alma a Dios, cuando contaba sólo treinta y cinco años de edad... ¡Qué muerte tan dichosa! ¡desmayarse en la iglesia delante del Tabernáculo, y morir en un deliquio de amor!...

De la misma suerte, la angelical Santa Clara de Montefalco moría en tan dulcísimo éxtasis, que los que la asistían, y su mismo hermano, el P. Francisco Damiani, fraile menor, creían que estuviese en contemplación; en cambio había ya muerto hacía más de una hora.

Por cierto, me parece que, para todas las almas enamoradas de Dios, la muerte debe de ser una gran llama que produce el incendio final. Mas ¿quién puede penetrar o adivinar el interior de los santos en los últimos momentos de su vida?...

## CAPÍTULO XXII

## ¡LA PARTIDA!...

I. Los últimos momentos son conocidos por Dios solo; Él solo sabe lo que pasa entre Él y su hijo moribundo. Mas, de ordinario, algo se deja siempre traslucir en aquella hora, y muchas veces basta una sola palabra, o una mirada del moribundo, para revelar todo su interior en los últimos instantes de la vida.

El alma del hombre es una maravilla, especialmente el alma de los santos, y sobre todo, en la hora de la muerte, cuando toda la expresión de los ojos parece concentrada en la última mirada, todas las fuerzas en el último esfuerzo, todas las ternuras en la última ternura. Siempre fue hermosa la figura de Jacob, pero mucho más hermosa aparece en su lecho de muerte, cuando rodeado de sus hijos, los bendice, y cada bendición es una sentencia, un vaticinio, una historia. Siempre fueron también grandes la figura y los cantos de Moisés; mas, al fin de su vida, llegan a ser sublimes e incomparables.

Pues del mismo modo, incomparables y sublimes son las últimas palabras, oraciones o recuerdos de las almas santas en su postrera despedida. Y no hablo únicamente de las almas escogidas, como Benito de Norcia, Domingo de Guzmán, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Vicente de Paúl, que murieron hablando y bendiciendo a sus hijos presentes y futuros; sino de cualquier alma santa, aunque sea la de un simple aldeano o humilde obrero.

Estas palabras no se olvidan nunca, porque todo corazón ama; y todo corazón que ama, es poeta; y la poesía que brota del corazón no es menos bella que la poesía cadenciosa del arte, así como no son menos dulces que las cuerdas de un arpa las voces de niños, o las canciones de montañeses. Por eso, las últimas palabras de los moribundos, a quienes amamos tiernamente, se escuchan con profundo respeto y se conservan en el corazón cual

joyas preciosas. Esto cabalmente es lo que pedía Tobías a su hijo al fin de su vida: «Escucha, hijo mío, las palabras de mi boca, y asiéntalas en tu corazón, como por cimiento...» (1).

II. Habla tú ahora, habla, oh alma eucarística moribunda... *Consummatum est*, ¡todo se ha acabado para ti, todo!... Dentro de breves momentos será dada la señal de la partida; dentro de poco el terrible *Profeciscere* será pronunciado para ti; habla, pues... ¿No tienes nada que decir? ¿a ninguno que saludar? ¿nada que pedir?... Suena aún, oh salterio de Dios; queremos todavía escucharte, oh lira armoniosa de Jesús Sacramentado... Si Jesús terminó la institución de la Eucaristía con un sublime cántico, tú, que te esforzaste en imitarle en todo, ¿en esto sólo no le imitarás?... *Exsurge psalterium et cithara*... y tu último canto, oh eucarístico cisne, sea digno de Jesús y de tu muerte tan dichosa.

Y el alma eucarística moribunda canta una vez más; si no es su lengua, es ciertamente su corazón el que se mueve; es su espíritu el que gime, se mueve y habla de esta manera:

III. ¡Adiós, adiós, oh santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, Madre mía y de las almas! Al nacer, me engendraste a la gracia, y ahora, en muriendo, me darás a luz, para la gloria. ¡Adiós, oh tierra, tenmplo del Dios vivo, esmaltada de copones y de tabernáculos, yo me alejo de ti, adiós! ¡Adiós, oh fuente bautismal, que me hiciste cristiana; oh santos confesonarios, que tantas veces me lavasteis de nuevo en la sangre de Jesús; oh sacerdotes augustos, que consagráis la Eucaristía... adiós!... ¡Adiós, iglesias benditas, esparcidas por todo el mundo, pararrayos de las ciudades y naciones, casas de Dios y de sus hijos, puertas del cielo, centros de las almas! ¡Vosotros, especialmente, oh amados tabernáculos, pabellones de Jesús Sacramentado, tronos del Rey de reyes, manantiales de vida, nidos de corazones, mesas siempre preparadas, adiós!...

(1) Tob. IV, 2.

¡Tú, sobre todo, Tabernáculo de mi iglesia, Tabernáculo mío, que me esperabas todas las mañanas, que todas las mañanas te abrías para mí... depositario de mis alegrías y de mis penas, de mis amores y de mis esperanzas, de mis secretos y de mis deseos, adiós!... Desde mañana en adelante, al sonido de la campana, no me verás ya delante de ti, ni pasar largos ratos en tu compañía, ¡oh santo Tabernáculo, oh solitario y dulce amigo de las almas! ¡Ya no escucharás mi voz, ya no recibiré tus consuelos!... ¡Oh, cuántas oraciones, cuántos latidos, cuántas lágrimas te he dado... y cuántas comuniones, cuántas gracias, cuántas sonrisas me has dado tú!... ¡Sonríeme también mañana cuando mi cuerpo entre en la Iglesia!... Y cuando esté en el cementerio, cuando sea sepultada y la cruz se plante sobre mi sepulcro... entonces... ¡sonríeme aún, oh Tabernáculo mío!...

IV. ¡Os saludo en la tierra, por última vez, a ti, oh Angel de mi guarda, y a vosotros, Angeles eucarísticos, custodios de las iglesias y de los copones, custodios del Santísimo Sacramento! ¡Adiós, pajes celestiales, invisible corte, santo coro de adoradores!... ¡Gracias por todas las veces que habéis unido mi voz con vuestras voces, mi zampoña a vuestras cítaras, mis latidos con los vuestros!... En una sola cosa me habéis dejado sola: ¡en el llanto!... ¡Vosotros no podéis llorar, vosotros me habéis visto... he llorado tanto delante del Santísimo Sacramento!... ¡adiós!...

Sólo unos pocos momentos, y nos conoceremos, oh amadísimos amigos; te conoceré, oh dulcísimo y celestial compañero, que me has iluminado siempre y en todas partes me has custodiado, dirigido y gobernado. Sólo unos pocos momentos, y nos daremos el abrazo de la gloria, el beso de paz... Y entonces sí que cantaremos juntosy eternamente: *¡Gloria a Dios!...*

V. Mas ¿qué te diré ahora a ti, oh Jesús Sacramentado, mi Rey, mi Salvador y mi Dios?... ¿qué te diré a ti, oh Amigo, Hermano, Padre y Esposo adorado!... ¡Oh Jesús, luz de mis ojos, latido de mi corazón, mi respiración, mi vida, adiós, adiós!... Sólo pocos momentos, y tú no

serás ya Eucaristía, no serás ya Sacramento para mí... Eres Sacramento, porque yo soy creyente; estás velado, porque velada es mi fe; eres Eucaristía, porque yo soy viador. Mas dentro de poco, yo no será ya viador; dentro de poco se rasgará el velo de mi fe; dentro de poco veré tu rostro, y nuestros ojos, por fin, se encontrarán... ¡No serás ya misterio para mí, ni más velado, ni más escondido y silencioso; no serás ya para mí Eucaristía, ni Comunión, ni Viático, ni Sacramento!... ¡adiós, adiós!...

VI. ¡Oh Amor de mi alma! me lisonjeaba de poder morir sin penas, sin remordimientos ni temores. Y he aquí, en cambio, que ya muero, y pruebo todos estos sentimientos. Tengo pena, oh Jesús, de no morir en la iglesia, bajo las dulces miradas de tus ojos y ante el santo Tabernáculo, donde he pasado mi vida. ¡Cuántas veces, viendo consumirse las velas sobre el altar, apagarse las lámparas, marchitarse las flores y evaporarse el incienso, deseé acabar así también yo mi vida! ¡Esperaba al menos morir en el momento dichoso en que estuviera presente el santo Viático!... Muero... y mañana llevarán mi cuerpo al camposanto, lejos de los tabernáculos, fuera de las iglesias... ¡Oh, qué pena no poder ser sepultado en algún rincón de una iglesia, en donde se venere el Santísimo Sacramento!... por lo menos, durante siglos, te habrían dado gloria mis huesos, mi polvo, mi nada...

Y no me faltan los remordimientos. Te había tantas veces prometido que moriría víctima de amor o de penitencia... ¡mas ni lo uno ni lo otro!... Infeliz tiempo, en que no te había aún conocido bien, oh dulce Eucaristía, infeliz tiempo, en que no te amé bastante, el tiempo, en que no te imité fielmente, oh Jesús Sacramentado... Que mi agonía y mi muerte sean las últimas reparaciones, oh Señor; sean último incienso las respiraciones, los latidos y las lágrimas de estos postreros momentos. ¡Oh Jesús Sacramentado, sea mi última *Hora Santa,* la última hora de mi vida!

VII. Esperaba morir sin temores...; mas he aquí que ya temo, oh mi Dios. Os he llamado siempre con los títulos más dulces, más afectuosos y delicados; nunca se ha-

bía llamado mi Juez...; ahora, empero, esto sólo seais Vos: ¡mi Juez!... Oh mi Señor y mi Juez, cuando de aquí a pocos momentos me presente ante Vos y os vea, por fin, cara a cara ¿os arrojaréis con los brazos abiertos a mi cuello, como el padre del Hijo pródigo, o por el contrario, recibiéndome como a las cinco vírgenes necias, me cerraréis también la puerta del cielo, gritando: *Nescio te*, «No te conozco?»... ¿Me acogeréis como acogisteis a los pastores y a los Magos en Belén, o como a Judas y a la soldadesca en el huerto de los olivos, cuando pronunciasteis aquel terrible *Ego sum*, que les hizo retroceder y caer en tierra?... ¿Os encontraré revestido de gloria y de bienaventuranza, como los discípulos sobre el Tamor, o más bien armado de cordeles, como los profanadores del templo?... Apenas os vea, ¿gritaré como la Magdalena: *Rabboni, Rabboni!...*, o golpeándome el pecho, diré con el Centurión: *Vere Filius Dei erat iste?...* Y ¿será vuestra primera exclamación, luego, al verme: «Ven, oh bendita de mi Padre, ven»; o al contrario: «Apártate de mí», *discede a me, maledicte, in ignem aeternum?...*

*In Ignem aeternum!...* Oh mi soberano Juez, si vuestra voluntad y vuestra gloria así lo exigen, estaré pronta a precipitarme en el infierno; pero Vos, oh mi Salvador, habéis dicho solemnemente: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día». Todos los días me he esforzado en comer vuestra carne lo menos indignamente que me era posible; todos los días he bebido vuestra sangre; Vos, por tanto, oh mi resurrección y mi vida, no faltaréis a vuestras promesas y me salvaréis para siempre...

VIII. Me mandaréis más bien al santo Purgatorio... esto sí que lo espero, oh divino Juez; mas también entonces esperaré en vuestra piedad; esperaré también entonces en aquella palabra vuestra, que promete misericordia a los misericordiosos, y la misma medida de caridad a los caritativos. Vos lo sabéis, oh Dios de bondad, si mi pobre vida haya sido una oferta para las santas almas del Purgatorio. Las llamas que he apagado, ¿no serán apagadas para mí? las cadenas que he roto, ¿no serán

rotas para mí? el Paraíso que he anticipado a los otros, ¿no será anticipado también para mí?...

¡El Paraíso!... ¡el Paraíso!... ¡ah! yo no soy digna de ti, oh santo Paraíso; pero son bien dignos los méritos infinitos de Jesucristo, por los cuales espero salvarme. ¡Ven, pues, oh Paraíso, ven, he pensado tanto en ti; tanto he suspirado, he sufirdo tanto por ti, ven, ven!...

IX. ¡Oh hermana muerte, te aguardo, te espero! ¿por qué te detienes aún?... ¡Oh Padre mío, deseo aceptar la muerte como la aceptó vuestro amantísimo Hijo, y, como Él, deseo entregar en vuestras manos mi espíritu!...

*Veni, bone Jesu, veni!...* Sonríeme la última vez desde los santos Tabernáculos, oh mi Dios Sacramentado; bendíceme la última vez, oh Amor, Amor del alma... ¡Jesús!... ¡Jesús!... En la última hora, ¡oh!, al menos en la última de tu vida, concediste al Discípulo amado... Yo muero... ¡adiós, *Rabboni,* Maestro mío, adiós! Pero quiero morir adormecido sobre tu Corazón, con la cabeza reclinada sobre tu pecho... Que mi último aliento, mi última respiración se extinga en estas últimas palabras: *Sea alabado y reverenciado en todo momento el santísimo y divinísimo Sacramento...* ¡Te dejo, oh Jesús, yo me voy... te saludo, te saludo, adiós!...

Así habla el amor que muere, y así muere el alma eucarística.

X. *Proficiscere, proficiscere, anima christiana, de hoc mundo:* «sal, sal ya, alma cristiana, de este mundo, en el nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te crió; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció; en el nombre del Espíritu Santo, que copiosamente se te comunicó; en el nombre de la gloriosa y santa Madre de Dios, la Virgen María, de San José, ínclito Esposo de la misma Virgen; en el nombre de los Angeles y Arcángeles..., de los Querubines y Serafines, de los Patriarcas y Profetas, de los santos Apóstoles y Evangelistas, de los santos Mártires y Confesores, de los santos Monjes y Ermitaños, de las santas Vírgenes y de todos los Santos y Santas de Dios».

*Hodie sit in pace locus tuus, et habilatio tua in sancta*

*Sion:* «hoy sea en la paz eterna tu descanso, y tu morada en la santa Sión».

«Cuando abandonares el cuerpo, oh alma, salga a tu encuentro el ejército espléndido de los santos Angeles; el Colegio de los Apóstoles que deben juzgarte te sea propicio; las triunfadoras legiones de los invencibles Mártires te amparen; la multitud nobilísima de los Confesores te circunde; el coro de las Vírgenes regocijadas te acoja: y, con estrechos abrazos de verdadera amistad, te dé entrada en el seno de los Patriarcas...»

Mas, sobre todo, alégrate, oh alma eucarística, alégrate; escucha principalmente el deseo ardiente de la Iglesia: *Mitis atque festivus Christi Jesu tibi aspectus appareat:* «apacible y festivo aparezca a tus ojos el semblante de Cristo Jesús»... «Huya el maldito Satanás con todos sus satélites; y a tu llegada, acompañada de Angeles, tiemble el desdichado y huya despavorido al caos horrendo de la eterna noche... Coléquete Cristo, Hijo de Dios vivo, en las praderas siempre amenas de su Paraíso; y dígnese este verdadero Pastor reconocerte por una de sus ovejas. Él te absuelva de todos tus pecados, y te coloque a su mano derecha entre los elegidos. Que veas a tu Redentor cara a cara, y que, asistiendo siempre en su presencia, conozcas con bienaventurados ojos la manifiesta verdad. Admitida, pues, en el número de los bienaventurados, goces de la dulzura de la contemplación divina por todos los siglos de los siglos» (1).

XI. Mas, en esta narración que os he hecho de la muerte y postrera despedida del alma eucarística, ¿no habéis notado un vacío? ¿no se os ha ocurrido preguntar: y el alma eucarística que muere, no tiene madre? En las bodas de Caná de Galilea estuvo presente la celestial Madre, y ¿faltará en las bodas eternas que está para celebrar la hija de su amor? ¿Cómo se puede concebir una hija que muere sin pensar en su Madre? ¿en su Madre, a quien ha amado siempre y no ha visto nunca; pero que dentro de pocos momentos la verá, la conocerá y abrazará cari-

(1) Ordo Commendationis animae.

ñosamente con indecible ternura? Ah, sí; como veréis el Crucifijo sobre el pecho del alma moribunda, así veréis también entre sus manos el santo rosario. ¡El Crucifijo: su espejo, su libro, su hacecillo de mirra; el rosario: su guirnalda, su cítara, su salterio!

¡Oh rosario bendito, gastado por esas devotas manos!... *Ave, María!* ¡cuántas veces por esos piadosos labios fue repetido el angélico saludo: *Ave, María!* cuántas veces fue modulado por esa arpa, haciendo coro con Gabriel y con Isabel: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús»... Y cuántas veces rogó con el corazón de la Iglesia: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...».

Pero habla más bien tu, rosario bendito. ¡Cuántos latidos te caldearon, cuántas lágrimas te bañaron, cuántos besos te perfumaron! Parecía tan lejano cuando se decía: *nuc, et in hora mortis nostrae,* «ahora y en la hora de nuestra muerte». Y, en cambio, ya ha llegado esa hora... el *ahora* es ya la hora de la muerte: *Ave, María!* La hora de la muerte es la triste campana que toca al *Angelus* de la última tarde: *Ave, María!* ruega, ruega ahora, que es la hora de la muerte... *Ave! Ave!*... Y el alma eucarística moribunda cree y siente que la Madre celestial está allí, cerca, muy cerca; que la mira, la bendice, le sonríe; allí cerca, muy cerca, y la llama, y le habla, y la invita; allí cerca, muy cerca, y la cubre con su manto, la sostiene con sus brazos y la acaricia con sus manos: es la Madre de Jesús, de Juan y de las almas eucarísticas; es la Reina del Santísimo Sacramento... *Ave, María!*...

XII. Morir con la cabeza recostada sobre el pecho de Jesús y con las manos entre las de María, fue ésta la súplica, el deseo más ardiente, el sueño de tantos años: ¡y ahora es ésta la última gracia, el último consuelo, la última caricia!... *Consummatum est,* todo está cumplido... La muerte descarga el golpe de su guadaña, da vuelta la llave de oro... y la puerta de la eternidad se abre. *Consummatum est!* Es el momento supremo: la moribunda ca-

beza se inclina, las últimas lágrimas asoman, los ojos se vidrían; mas los labios sonríen...

Como a Judit, que salía de su patria e iba al encuentro de Holofernes, *etiam Dominus contulit splendorem,* «añadióle además el Señor nueva belleza» (1); así al alma eucarística moribunda Dios mismo le da sobrehumana belleza. Insólita luz esclarece su frente y resplandece sobre sus miembros; una calma divina, auras de frescura celestial se respiran en rededor de ese tálamo real, en ese oratorio nupcial: ¡los circunstantes lloran, se arrodillan, oran!...

Mas he ahí que callan las lenguas, los sollozos se ahogan, los corazones se contienen; reina un silencio divino... Diríamos estar en la iglesia, en el momento de la consagración. Ciertamente, es éste el momento de la consagración y de la consumación del alma eucarística; con esta diferencia, que en la iglesia es la campanilla la que nos da la señal; aquí, en cambio, en torno al lecho del postrer sacrificio, la da la misma alma. Son sus labios los que la dan; sus labios que por última vez se abren y, según el pacto hecho con Jesús, murmuran por última vez, suave, muy suavemente: *«¡Sea alabado y reverenciado en todo momento el santísimo y divinísimo Sacramento!»*

¡Ha expirado!...

*Subvenite, Sancti Dei, occurrite, Angeli Domini, suscipientes animam ejus, offerentes eam in conspectu Altissimi* (1). «Acudid, Santos de Dios; salidle al encuentro, Angeles del Señor, recibid su alma y presentadla en el acatamiento del Altísimo. Recíbate Cristo que te llamó, y los Angeles te conduzcan al seno de Abrahán»... «Te encomendamos, Señor, el alma de tu sierva eucarística, a fin de que, muerta para el mundo, viva para ti; y cuantos pecados cometió por causa de la humana fragilidad, bórralos para siempre con el perdón de tu bondad misericordiosísima».

XIII. Así mueren las almas santas; y para citar un

(1) Judith, X, 4.
(1) Oración de la Iglesia en la recomendación del alma.

ejemplo solo, más amable porque es de nuestros tiempos, así moría, el 30 de septiembre de 1897, a los veinticuatro años de edad, en el Carmelo de Lisieux, la angelical Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz.

En el día de su profesión religiosa, había hecho a Dios esta súplica: «¡Dios mío, dadme el martirio del corazón o el del cuerpo!... Pero no, ¡dadme los dos juntos!» Fue escuchada y entrambos le fueron concedidos; por lo cual, consumida del amor y de la enfermedad, bien pronto el lecho se convirtió en su tálamo nupcial, en su altar y en el fuego que la devoró.

La noche que precedió al día del santo Viático, compuso esta estrofa, que debía cantarse antes de la Comunión:

«Tú, que mi pequeñez miras piadoso
y no desdeñas descender a mí,
entra en mi corazón, ¡Rey del Sagrario!
ya lo ves palpitar... sólo por Ti.
Y luego..., ¡nada más!... seré dichosa
si me dejas, mi Bien, morir de amor...,
mira, oh Jesús, el grito de mi alma:
Reina en mi corazón!»

*Morir de amor* había sido su sueño, y en el día mismo del Viático deseó que le fuese cantada aquella estrofa, compuesta por ella misma:

«Morir de amor, Dios Santo, martirio es delicioso,
martirio que yo anhelo sufrirlo venturoso
Querubes del Empíreo, templad vuestra áurea lira;
porque, según presiento, ya mi destierro expira.
Dardo inflamado, hiere, hiéreme prontamente,
y el corazón traspasa, que triste aquí se siente.
En este mundo sea verdad el sueño mío:
Morir. ¡Oh Jesús mío!
morir de amor ardiente».

A medida que pasaban los días, aumentaban los dolo-

res; jamás, sin embargo, la sonrisa dejó de aparecer en sus labios. Un día le preguntó el capellán del convento: «¿Está resignada a morir?» Y ella respondió: «Padre mío, yo creo que no hay necesidad de resignación sino para vivir; para morir no experimento más que alegría». La última tarde, cuando la campana del convento dio el toque del Ave María, fijó una mirada indecible en la Estrella de los mares, la Virgen Inmaculada. Por cierto, aquella era la hora de repetir su plegaria a María:

«Tú que me sonreiste en el albor de mi vida
ahora que anochece, ¡oh Madre! sonríeme también».

Y verdaderamente, muy próxima estaba su última hora...

Fijando su dulce mirada en el Crucifijo, sus últimas palabras fueron estas: «¡Oh! ¡le amo!... ¡¡¡Dios mío... os AMO!!!...»

«Apenas las hubo pronunciado, cuando se desmayó de pronto, quedando con la cabeza inclinada hacia la derecha, en la actitud de aquellas vírgenes mártires que se ofrecían ellas mismas al filo de la espada; o más bien, como una víctima de amor, esperando que el divino Arquero le dispare la abrasada flecha, de cuya herida desea morir» (1).

Pero no dejemos tan pronto al alma eucarística. Después de haberla seguido atentamente en sus amores, en su vida y en su muerte, ¿no nos dignaremos dar una mirada, por última vez, a su cadáver? ¿no daremos un último saludo a su alma bienaventurada?

(1) De la *Historia de un alma*, cap. XII, citado casi a la letra.

## Capítulo XXIII

## ¡EL CIELO!... REQUIEM, LUCEM, PACEM DONA

I. ¡Qué celeste inspiración manifiesta el genio del cristianismo en su liturgia! Por medio de los sentidos habla al alma y la ilumina, la santifica y conmueve. Me refiero aquí a la liturgia de los muertos.

Me lleno de santa admiración cuando observo el respeto de la santa Iglesia para con sus hijos muertos. El cadáver de Jesucristo, nuestra Cabeza y nuestro Rey, fue envuelto en una sábana blanca; y como blanquísima sábana es la liturgia, en la cual la Iglesia envuelve el cuerpo y el alma, obsequios al cadáver; ruega por aquélla, llora por éste; aquélla se la entrega a los ángeles, éste a las entrañas de la tierra, de la cual fue formado y en la cual se convertirá. Y mientras el corazón queda vuelto hacia el alma que no se ve, los ojos quedan vueltos hacia el cadáver, que todavía se ve y aún se toca. Osaré decir que, como la gracia de los Sacramentos durante la vida llega al alma mediante los sentidos del cuerpo; así después de la muerte los sufragios, en todo o en parte, llegan al alma mediante o junto con los honores que son tributados al cadáver, el cual fue su compañero y hermano. Y así como el momento solemne de la muerte me parece casi semejante al momento solemne de la consagración, así también hostia santa me parece el cadáver del cristiano difunto, que pronto será confiado a las entrañas de la tierra, cual precioso tesoro, o como trigo bendito que espera los rayos resplandecientes de la gloria y de la inmortalidad.

II. ¡Cómo habla y conmueve el sacro rito de los muertos! Falsos místicos han calumniado a nuestro pobre cuerpo, exagerando sus peligros, y no han sabido ver en él más que un enemigo del espíritu. En acmbio, en el lenguaje de la fe, cuán noble y sagrado es el cuerpo del hombre cristiano, y especialmente el cuerpo de un alma

eucarística. Tertuliano llama a nuestro cuerpo: *Limum de manu Dei gloriosum, et afflatu Dei gloriosiorem;* «barro glorioso, porque fue modelado por las manos de Dios, y más glorioso todavía, porque fue vivificado por el soplo de Dios». Y de nuestra carne dice que es: «obra de las divinas manos, trabajo del divino ingenio, heredera de la divina liberalidad»; porque toda la creación sensible fue ordenada por el Creador, inmediatamente, para servicio y deleite del cuerpo humano; «depositaria del soplo de Dios, sacerdote de la religión»; porque el hombre es sacerdote, y ejerce los oficios sacerdotales mediante el cuerpo, por medio del cual los Sacramentos llegan también al alma; «soldado», que da testimonio de Dios, derramando la sangre del martirio; «hermano de Cristo», porque el Verbo se hizo nuestra carne: *Verbum caro factum est.* Y ya que sin derramamiento de sangre no habría habido redención, por eso sabiamente llama también Tertuliano a nuestra carne «eje de la eterna salvación»; porque, «creyéndose que haya sido dada al alma como ministra y sierva, resulta, en cambio, ser también su hermana y coheredera» (1).

III. San Pablo es también el grande panegirista de la santidad de nuestro cuerpo. «Vosotros sois templo de Dios vivo», escribe en su segunda carta a los Corintios (2). Y en la primera les había dicho ya: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?» (3); y más abajo añade: «¿Por ventura, no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que ya no sois de vosotros, puesto que fuisteis comprados a gran precio?» (4).

Por eso el Apóstol, lleno de gran reverencia hacia estos templos vivos del Espíritu Santo, exclama: «Ahora, pues, hermanos, os ruego encarecidamente por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hos-

(1) Tert. De resur. carnis, cap. VII.
(2) 2 Cor. VI, 16.
(3) 1 Cor. VI, 15.
(4) Ib. VI, 19-20.

tia viva, santa y agradable a sus ojos» (1). Y en verdad, hostia agradable me parece el cadáver del cristiano, viendo que la Iglesia lo bendice con el agua santa y lo perfuma con las incensaciones; hostia agradable, cuando contemplo que la Iglesia, rociándole con el hisopo e incensándole, pronuncia sobre él, y por su medio lo hace llegar al alma de la persona difunta, aquel hermosísimo saludo, lleno de celestiales augurios: *Requiem aeternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei...*

¡Cuánta fe en este augurio, cuántas esperanzas y amores ternísimos! y ¡cuántas lágrimas ha hecho derramar y ha enjugado al linaje humano creyente! Meditémoslo un momento junto al féretro adornado de flores del alma eucarística, aplicándolo a ella, a ella solamente, que ha sido el tema de nuestro libro. De esta suerte terminaremos esta primera parte, pagando a la misma el último tributo de nuestro corazón.

IV. Tres cosas desea y pide la Iglesia para sus amados difuntos: *Requiem, lucem, pacem,* descanso, luz y paz; y estas tres cosas deseamos también nosotros al alma eucarística, y antes de todo, *Requiem!...*

La muerte, en la gran semana de la vida, es como el séptimo día de la creación: *el sábado.* Aquello mismo que hizo el Creador el séptimo día, comienza a hacer la criatura desde el día de la muerte en adelante. El Creador, el día séptimo, *requievit ab omni opere quod patrarat* (1), «reposó de todas las obras que había acabado»; de la misma manera el hombre, el alma eucarística *requiescit ab omni opere,* reposa de toda fatiga. La muerte es el sábado, el eterno sábado del alma bienaventurada. Dios había muchas veces prometido a Moisés y al pueblo hebreo, que sufrían, se fatigaban y combatían en el desierto, que finalmente les daría el descanso: *Dabo tibi requiem* (2). Y en el Apocalipsis, por boca de San Juan, Dios ha solemnemente confirmado que los justos finalmente descansarán de sus trabajos: *Requiescant a laboribus suis*

(1) Rom. XII, 1.
(1) Gen. II, 2.
(2) Ex. XXXIII, 14.

(3). La muerte, pues, es el día del Señor; y así como del primer sábado del mundo fue escrito que Dios lo bendijo y santificó, porque había reposado de todas las obras; así también la muerte es nuestro día bendecido por Dios y por Él santificado.

¡Descanso, bendición, santificación eterna!

V. ¡Oh bienaventurada alma eucarística, te lo decía la fe que aquí abajo no es lugar de reposo! Cuando te cansabas y te desalentabas, cuando suspirabas por el cielo, ¡oh! con qué anhelo repetías: «¡Todavía un poco de valor!... mañana no será ya así...». Ya ese mañana tan deseado ha llegado; trabajaste siempre, oh alma piadosa, ahora no trabajarás más; no descansaste nunca, ahora descansarás eternamente: *Requiem aeternam!*

Un día el divino Maestro, advirtiendo el cansancio de sus Apóstoles, pues eran tantos los que iban y venían, que ni aun tiempo de comer les dejaban, *nec spatium manducandi habebant*, lleno de compasión les dijo: *Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum:* «Venid a retiraros conmigo en un lugar solitario, y reposaréis un poquito» (1). *Venite et requiescite*, ¡cuán hermosa es esta invitación del Señor! Así también, en la tarde de la larga y trabajosa jornada de la vida, repite a las almas cansadas y trabajadas: «Venid ahora y reposad... mas no *pusillum*, un poquito, sino eternamente, *in aeternum*».

Sí, reposad eternamente, oh inteligencias eucarísticas, que tanto pensasteis en Jesús Sacramentado, y tanto lo meditasteis, y lo buscasteis en los libros, y lo estudiasteis y profundizasteis. Reposad eternamente, oh corazones eucarísticos, órganos melodiosos del amor, gastados por los latidos, consumidos por las penas y abrasados por los ardores del fuego divino. Reposad eternamente, ojos benditos, cansados de mirar la Hostia santa, el Tabernáculo o el campanario de vuestra iglesia. ¡Cuántas lágrimas derramasteis, cuánta modestia os ha adornado siempre, y de qué luz tan pura fuisteis iluminados!

(3) Apoc. XIV, 13.
(1) Mc. VI, 31.

¡Reposa también tú, oh lengua... oh boca dulcísima, reposa!... «Ya es hora de que cese el festivo sonido de los panderos, y se acabe el canto de los alegres coros, y enmudezca la melodiosa cítara» (1). Mas ¡cuántas oraciones recitaste, cuántos himnos y cuántas jaculatorias!... Ya no escucharemos más aquellas preparaciones y acciones de gracias fervorosísimas; ya no veremos abrirse esa boca para recibir al Señor; ya no la veremos enrojecida con la sangre del Salvador... Y vosotras reposad también, oh manos benditas, cansadas del trabajo material y de obrar el bien, de hacer limosnas, de vestir a los desnudos, de dar el pan a los hambrientos y de curar los enfermos... Reposad también vosotros, oh benditos pies, cansados de buscar a Jesús, de visitarle, de ir y venir tantas veces de la iglesia...

VI. Oh cuerpo purísimo, santificado por la virginidad, o por la continencia, castigado por la mortificación, moderado por la templanza, purificado por los dolores y las enfermedades; tabernáculo de la Eucaristía, relicario de la divinidad, hecho ángel en Cristo, alimentado y nutrido de la carne y de la sangre del Salvador... que pasaste de rodillas la mayor parte de tu vida... ¡basta ya! no más fatigas y sudores, ni más penas y trabajos, ni más penitencias, ¡basta! Reposa en paz; el día del Señor ha llegado; es el Sábado inmortal: *Requiem aeternam dona ei, Domine!*

Sí, reposo eterno para vosotros, oh hijos, oh amantes de Dios, de cualquier condición que seáis, sacerdotes o legos, religiosos o seglares; descanso eterno, oh siervos fieles, oh trabajadores diligentes, oh viñadores laboriosos; descanso eterno, oh penitentes, oh víctimas: *Venite et requiescite,* os dice el Señor, «¡venid y reposad!»... Y vuestro reposo sea siempre tranquilo, alegre y completo: *Requiem aeternam dona eis, Domine!*

Oh almas santas, ¿estáis ahora persuadidas de cuán precioso es el trabajo, cuán meritoria la tribulación y cuán eficaz la penitencia? ¿Estáis ahora persuadidas de

(1) Is. XXIV, 8.

cuán grande sea la merced dada por Dios a vuestros trabajos, cuán sobreabundante la recompensa y cuán excesiva la gloria?... Ahora no os lamentaréis más de la Providencia; ahora besaréis con embeleso la mano de Dios, Padre, Médico y Cirujano nuestro. Comprenderéis ahora con cuanta razón el Patriarca San Francisco de Asís gritaba: «Tan grande es el bien que espero, que en las penas me deleito». Repetiréis también vosotras ahora las hermosísimas palabras que dijo San Pedro de Alcántara, apareciéndose luego después de muerto a Santa Teresa: «Oh dichosa penitencia, que me ha merecido tanta gloria!» También vosotras besaréis ahora los instrumentos de vuestro trabajo, que fueron los instrumentos de vuestro martirio, y son los trofeos de vuestra gloria, gritando desde el sepulcro y desde el cielo: Oh amigos, oh parientes, y vosotros mortales todos que me sobrevivís: «Mirad con vuestros ojos lo poco que me ha fatigado, y cómo he adquirido mucho descanso» (1); descanso pleno, glorioso e inmortal: *Requiem aeternum dona eis, Domine!*

VII. *Et lux perpetua luceat eis...* ¡y la luz eterna alúmbreles siempre, oh Señor!

Como en apareciendo el sol en nuestro hemisferio, termina la noche y desaparecen las tinieblas; así cuando el alma se despierte en el hemisferio del otro mundo, la noche de la presente vida habrá cesado ya, desvanecidas las sombras y huidas las tinieblas. Entonces no creeremos ya, sino que veremos: *videbimus;* no seremos ya ciegos, sino iluminados; entonces se disiparán las dudas y se rasgarán los velos; no habrá más enigmas, ni más misterios; todo será patente y sin velos.

Oh alma bienaventurada, comprenderás entonces los misterios de la Eucaristía, esos misterios que constituían aquí abajo las delicias de tu fe y el tormento de tu corazón enamorado. No te lamentarás ya más de los velos del pan y del vino, velos impenetrables; no cantarás ya *ad firmandum cor sincerum, sola fides sufficit,* sino que tu cántico será: *Sanctus, Sanctus, Sanctus... Alleluja, Alle-*

(1) Eccli. LI, 35.

*luja!...* Entonces no dirás ya a Jesús, como le decías languideciendo de amor ante sus Tabernáculos: «Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos...» sino que, extática, gritarás: *Bone Pastor, Jesú... tu nos bona fac videre, in terra viventium... tuos ibi commensales, cohaeredes et sodales fac sanctorum civium...* «Oh Jesús, Pastor bueno, haznos ver tus eternos bienes en la tierra de los vivientes... y allí admítenos por tus comensales y coherederos en compañía de los celestes ciudadanos» (1).

Aquí abajo, en la tierra, caminabas a oscuras, en las incertidumbres y en las angustias; repetías todas las mañanas a Jesús Sacramentado: *dic verbo,* dime una palabra, una palabra sola, oh Jesús... Mas esta palabra de Jesús Sacramentado no la oíste nunca, y quedabas siempre smuida en las penas, viendo burladas tu fe y tu esperanza... En el cielo, en cambio, no sucederá ya así; en el cielo te hablará Jesús y te serán revelados los secretos adorables de su Corazón santísimo. Sabrás entonces el por qué de tantas desventuras como te hirieron, de tantas pruebas como laceraron tu corazón, de tantas penas como te santificaron. Sabrás entonces el por qué de aquellas durezas saludables que usaba Jesús contigo; de aquellas lágrimas que te hacía derramar; de aquellas heridas abiertas en tu corazón y en tu espíritu...

Entonces, oh alma eucarística, entonces sabrás cuánto has hecho sufrir a Jesús antes de haberte enamorado de Él, y aún después; y, sin embargo, cuánto te ha amado y perdonado, y asistido, y confortado, y embriagado, y colmado de beneficios. Y todo esto lo verás en la luz de la gloria, que es la luz misma de Dios, en la cual veremos toda luz.

VIII. He ahí por qué la Iglesia, en su fúnebre liturgia, suplica ardientemente al Señor, que conceda la luz a las almas de los fieles difuntos... Qué piadosos son sus acentos en la santa Misa, «Absolved, Señor, las almas de todos los fieles difuntos de los lazos de sus pecados. Y mediante el socorro de tu gracia, merezcan *lucis aeter-*

(1) En la secuencia de la misa del *Corpus Christi.*

*nae beatitudine perfrui,* disfrutar de la felicidad de la luz eterna». El Ofertorio es admirable: «Señor nuestro Jesucristo, Rey de la gloria, librad a las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno, y de aquel profundo lago: libradlas de la boca del león infernal; no se las trague el abismo, ni caigan en aquel lugar tenebroso; sino que San Miguel las conduzca a la morada de aquella eterna luz». «Alúmbreles, Señor —exclama, por n, en la Comunión— la luz eterna con vuestros Santos por todos los siglos, pues sois piadoso».

Es cierto que el cuerpo descenderá a las tinieblas del sepulcro; en ellas morará por algún tiempo, pero no en la obscuridad completa. La obscuridad completa está sólo allá, en aquel lugar, sobre cuya puerta está escrito:

«Dejad toda esperanza, vosotros que aquí entráis».

En el sepulcro, en cambio, el cadáver desciende lleno de esperanza; esto era lo que consolaba y llenaba de santo regocijo al Salmista: *Insuper et caro mea requiescet in spe,* «que además, también mi carne descansará con la esperanza» (1).

Las tinieblas del sepulcro son como la obscuridad de esas noches serenas que no tienen sol, ni luna, pero tienen la pálida luz de las estrellas. Y como la luz trémula y triste de las lámparas expiatorias esclarece la penumbra de las capillas fúnebres, así la esperanza esclarece suavemente aquellos huesos benditos: *caro mea requiescet in spe.* Es la esperanza inquebrantable de la resurrección, que hace exclamar a Job: *Post tenebras spero lucem,* «después de las tinieblas espero que venga la luz» (2). Sí, sí, yo espero la luz; «porque yo sé que vive mi Redentor, y que yo he de resucitar *del polvo* de la tierra en el último día, y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en mi carne veré a mi Dios: a quien he de ver yo mismo en persona, y no otro, y a quien contemplarán los ojos

(1) Ps. XV, 9.
(2) Job. XVII, 12.

míos: *reposita est haec spes mea in sinu meo*, esta es la esperanza que en mi pecho tengo depositada» (1). Por tanto, el cadáver en el sepulcro es como el árbol despojado de su follaje por el invierno, o como la simiente muerta en las entrañas de la tierra, que esperan los céfiros templados de la primavera y el templado rayo del sol primaveral para resucitar a nueva vida y revestirse de nuevas ramas y de nuevas flores. Y en tanto, mientras el cuerpo espera, la Iglesia ruega siempre: *Lux aeterna luceat eis, Domine, in aeternum; quia pius es!*

IX. Mas el descanso no basta, ni basta la luz; la Iglesia finalmente desea a sus hijos difuntos la paz: *Requiescant in pace*... En paz... ¡qué palabra! me parece el último capítulo de una historia, o el fin de un romance, o el desenlace de un drama; porque historia, romance, drama —y con harta frecuencia también tragedia— es la vida del hombre sobre la tierra. Avido de paz, él la busca por todas partes y a todos la pide; pero sólo luchando la encuentra, y ¡oh! entre cuántas lágrimas. Mas la paz verdadera, completa, imperturbable, los justos no la encuentran nada más que en el cielo: *Requiescant in pace!*

Los Libros Santos no hablan solamente del descanso del Criador en el séptimo día de la creación, sino que hablan también del reposo del arca de Noé y del arca de la alianza. Después de cuarenta días de torrencial lluvia, después de ciento cincuenta días de espantoso diluvio, el arca de Noé reposó finalmente sobre los montes de Armenia: *requievit arca super montes Armeniae* (1). Ninguna tempestad es eterna aquí abajo, aunque sea un diluvio universal; después de una vida tempestuosa, la calma llegará infaliblemente. Cualquiera mística arca, después de cualquier diluvio, reposará tranquila sobre los montes santos, a donde no llegan los vientos ni las tempestades, y donde resplandece eternamente el arco-iris, señal eterna de paz: *Requiescant in pace!*

Y reposó también el arca de la alianza. Después de

(1) Ib. XIX, 25-47.
(1) Gen. VIII, 4.

cuarenta años de viaje por el desierto, después de cuatrocientos y más años de guerras y de batallas, ed triunfos y de victorias, finalmente «introdujeron el arca del Señor en la ciudad de David, y colocáronla en su sitio, en medio del tabernáculo que le había mandado levantar David» (2), esperando que más tarde fuese fijada en el magnífico templo de Salomón. Todo viaje, pues, se termina, todo desierto se pasa y todo destierro concluye. En el plan de la Sabiduría divina, ¿qué trabajo no fue coronado por el premio, qué humillación por la gloria, qué llanto por la alegría? Todas las batallas del Señor terminan con la victoria; todas las luchas con la corona; todas las guerras con la paz: *Requiescant in pace!* En paz quiere decir en Cristo, porque *Ipse est pax nostra,* «Él es la paz nuestra» (1). Por eso en las catacumbas, sobre las urnas cinerarias, ninguna palabra es tan repetida como ésta: *in Pace!* ¡Palabra luminosa! Cuando la hayáis leído, habéis leído todo, ya que ella es la palabra de Cristo, el saludo de Cristo, la paz de Cristo: *es Cristo.*

*In pace!* En estas dos palabras está expresada toda la Religión Cristiana: el dogma y la moral, las creencias y las esperanzas, la vida y la muerte, la tierra y el cielo, el tiempo y la eternidad. Por eso, mientras moría la Beata Isabel de Francia, cantaba un coro de Angeles: *Factus est in pace locus ejus,* «fijó su habitación en la paz», que es el cántico del Salmista (2).

X. Y esta es la razón por qué en los Libros Santos la muerte es expresada con un símbolo delicadísimo, y se la llama *sueño,* y a los muertos, *los que duermen.* ¿Hay acaso una figura más hermosa y más propia, para expresar la paz de los justos, que el sueño? *Dormiunt in somno pacis!* es la frase litúrgica de la Iglesia en el *Memento* de los muertos: «duermen el sueño de la paz».

Jesucristo mismo es llamado por San Pablo: *Primitiae dormientium,* «las primicias de los que duermen, o sea,

(2) 2 Reg. VI, 17.
(1) Eph. II, 14.
(2) Ps. LXXV, 3.

de los muertos» (1). Y el Santo Jacob decía: «Si yo hubiera muerto, ahora estaría durmiendo en el silencio, y en mi sueño lograría reposo» (2). Y luego añadía más abajo: *Defossus, securus dormies,* «cuanod seas sepultado, dormirás en plena seguridad» (3). Mas es también nuestro divino Maestro quien nos dice que la hija del príncipe de la sinagoga no está muerta, sino dormida: *Non est mortua puella, sed dormit* (4); y que duerme su amigo Lázaro, y Él va a despertarle del sueño. Y hablaba del sueño de su muerte (5).

Duerme, pues, oh hermano difunto, duerme y reposa... Ahora es propiamente ese sueño divino el que te debe hacer repetir: *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (6). Mas ¿a la sombra de quién dormirás? ¿quién velará tu sueño?

Como Abraham, una vez que hubo lavado los pies y dado de comer a los tres Angeles, que se le aparecieron en forma de peregrinos, les dijo: *Requiescite sub arbore,* «descansad a la sombra de este árbol» (1), y los Angeles descansaron; así la Iglesia a sus hijos peregrinos, que han terminado la mortal carrera, les dice: *Requiescite sub arbore,* «descansad a la sombra del árbol». Y este árbol es la santa Cruz: *o Crux, ave!*

XI. Inclina tus ramas, oh Sauce divino; despliega tus brazos, oh árbol vital; a ti la religión confía sus amados difuntos; a tu sombra ellos duermen. Tú eres la Madre de los redimidos; abrazados contigo vivieron, contigo abrazados murieron; y ahora abrazados contigo duermen: *dormiunt in somno pacis!*

Los cementerios sembrados de cruces son campos de batalla sembrados de trofeos; las cruces viejas son viejas banderas, siendo la cruz símbolo de toda victoria espiri-

(1) 1 Cor. XV, 20.
(2) Job. III, 13.
(3) Ib. XI, 18.
(4) Lc. VIII, 52.
(5) Jo. XI, 11.
(6) Ps. IV, 9.
(1) Gen. XVIII, 4.

tual: *In hoc signo vinces!;* instrumento de santificación, ella es la única salvación: *ave, spes única!...* Estar sepultado a la sombra de la Cruz, quiere decir estar sepultado a la sombra y entre los pliegues del propio estandarte. Es el soldado que está sepultado con su arma; el obrero con la herramienta de su trabajo; el penitente con el instrumento de su dolor; el mártir con el azote de su suplicio; el cristiano con el blasón de sus grandezas y de sus glorias.

Bajo las alas de la Cruz dormid y reposad, oh santas almas crucificadas, como bajo las alas y junto al seno de su madre descansan los polluelos. ¡Envejeced a la vez, oh santos huesos y santas cruces de los cementerios, siempre a la vez! Una misma víctima, la misma carne y la misma sangre os ha santificado y glorificado; por tanto, sean las mismas vuestras vicisitudes, los mismos vuestros destinos.

Cuando en Francia se desencadenó la persecución de los Hugonotes que entregó al saqueo y al fuego los sepulcros de los Reyes y las urnas de los Santos, entre otras reliquias, cayeron en sus sacrílegas manos los despojos benditos del gran Taumaturgo San Francisco de Paula. Aquellos impíos, atando un cordel al cuello de aquel santo cuerpo lo arrastraron hasta la hospedería del convento, y allí le dieron fuego. Pero, juntamente con los huesos del Santo, pusieron también fuego al leño de un gran Crucifijo que se veneraba en aquella iglesia de Frailes Mínimos; y así aquellas sagradas prendas juntas ardieron y juntas se redujeron a cenizas. ¡Uno mismo fue el insulto, uno mismo el fuego, uno mismo el holocausto!...

XII. Estos tres grandes bienes desea, pues, la Iglesia a sus hijos amados, que se han dormido con el sueño de los justos: *Requiem, lucem, pacem,* «descanso eterno, luz perpetua e imperturbable paz».

No se crea, sin embargo, que este reposo sea ocio, esta luz signifique olvido, o este sueño termine en profundo letargo; nada de eso. Al otro lado del sepulcro, queriéndolo el Señor, ningún amor se quiebra, o se apaga, o lan-

guidece; al contrario, todos los amores se encienden más, todos los deseos se sacian y todas las exigencias se satisfacen.

Había tantas veces deseado el alma eucariística cantar con los Angeles, y ya con los Angeles canta; había deseado alabar a Jesús juntamente con los elegidos... y con los elegidos le alaba, en un mismo coro, con los mismos acentos y las mismas cadencias. ¡Cuántas veces había deseado también presentarse a Jesús junto con María, y presentarse a María junto con Jesús; abrazarles a la vez, y a la vez tenerles estrechados contra su corazón!... ¡y ahora podrá hacerlo eternamente!

Como Jesús, apenas resucitado, no sólo no olvidó a sus queridos discípulos, sino que a ellos dirigió el primer pensamiento y dedicó el primer saludo; así también ningún amigo, ningún ser amado es olvidado por las dichosas almas que gozan ya de la bienaventuranza eterna. Pero, por encima de todos los amados, está Jesucristo mismo, el cual es su primer pensamiento en el tiempo y también su primer pensamiento en la eternidad. ¡Sí, Jesucristo!

XIII. Cuando llegó el último momento de su vida para San Juan de Dios, quiso morir vestido, arrodillado en tierra y abrazado al Crucifijo; y después de muerto, permaneció durante seis horas en aquella misma postura, como si no supiese separarse de su Amado.

Por espacio de 60 años seguidos durmió todas las noches con el Crucifijo en las manos Santa María Magdalena Postel, y con el Crucifijo en las manos se despertó siempre. Teniéndolo en las manos murió, y teniéndolo en las manos fue sepultada; porque no fue posible a las religiosas, aunque lo intentaron, arrancárselo de las manos a su santa Madre muerta.

Muchos días después de su muerte, el cadáver de Santa Catalina de Bolonia fue visto levantarse y adorar al Santísimo Sacramento.

San Pascual Bailón, tan devoto de la Eucaristía, que ha sido declarado «Patrono de todos los Congresos Eucarísticos», no obstante haber sido pobre hermano lego,

aun muerto, dice el Breviario, «pareció conservar el ardentísimo afecto que profesaba al Santísimo Sacramento»: *Quem defunctus, etiam in cadavere retinera visus est*. Puesto que, estando expuesto en la iglesia, durante la Misa cantada, a la elevación de la Hostia y del Cáliz, dos veces abrió los ojos y dos veces los volvió a cerrar en presencia de todo el pueblo maravillado. Quería contemplar por última vez a ese Dios sacramentado, que había sido la luz de sus ojos.

XIV. Más ruidoso fue el prodigio obrado por el B. Mateo de Girgenti, Obispo. Llevado del convento donde había muerto a aquel en donde debía ser sepultado, llegado el féretro a la Iglesia, entre una muchedumbre inmensa del pueblo, su cadáver se endereza por sí mismo, junta las manos, adora el Santísimo Sacramento, y por sí mismo vuelve a componerse en el féretro.

El B. Gil de Lorenzana, religioso franciscano, seis años después de su muerte, fue encontrado en la fosa donde había sido sepultado, no sólo incorrupto y flexible, sino que, habiendo dejado la postura yacente como había sido colocado en la sepultura, estaba de rodillas, con el rosario en las manos y el rostro vuelto hacia el altar del Santísimo Sacramento.

Los santos, pues, no saben apartarse de Jesús; difuntos, aun piensan en él, le miran y le encomiendan a nuestro amor. Y después de Jesús, las almas santas de los muertos piensan en aquellos que les fueron queridos y a quienes han amado en Jesús y por Jesús.

Un día, celebrando San Vicente de Paúl el divino Sacrificio como lo celebran los santos, le fue dado ver un globo de fuego alzarse de la tierra, descender otro del cielo y absorber al primero, y luego perderse los dos en el cielo en un globo de fuego inmenso. Dios le dio la visión, y Dios mismo le explicó su sentido. Era el alma de la santa Madre Chantal, que moría en aquel instante en lugar lejano; el alma de San Francisco de Sales que del cielo le salía al encuentro; y las dos que se perdían en el océano infinito de la divina Esencia.

No es necesario multiplicar los ejemplos; leed las vi-